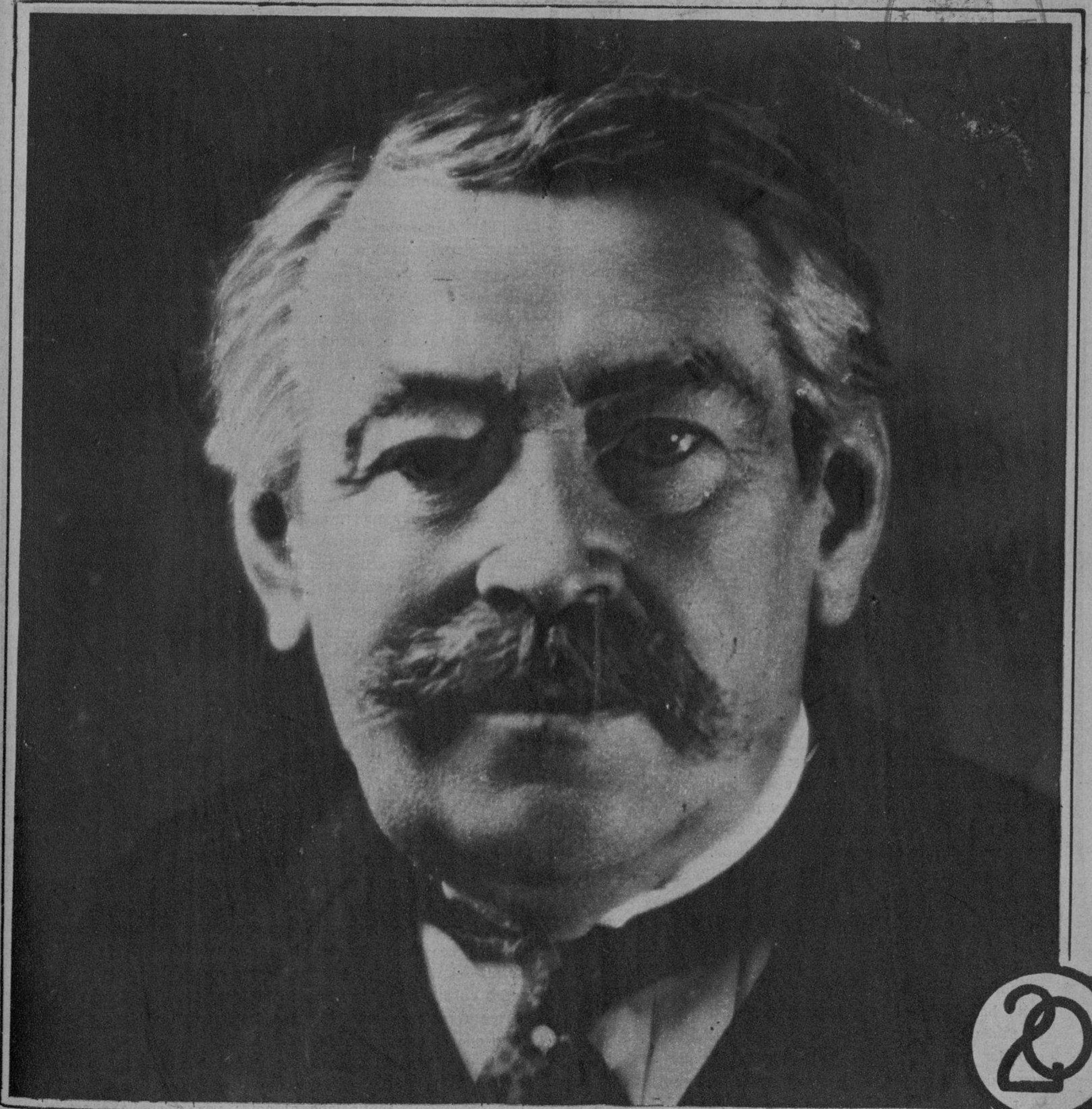


la calle

REVISTA
GRÁFICA
DE
IZQUIERDAS



ARISTIDES BRIAND

El gran estadista francés, fallecido en París el lunes último, y cuya pérdida llora, con Francia, el mundo entero. — (Fct. Vidal)



la calle

REVISTA GRAFICA DE IZQUIERDAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Cataluña, 9 Tel. 14.160

•••••

Talleres: Pasaje de la Merced, 8

Teléfono 31.518

•••••

Suscripción: Provincias, 2'50 trimestre

MERCEDES Y FAVORES

VALOR ético, de policía de costumbres públicas, tienen el Decreto de Obras Públicas y el proyecto de Ley de la presidencia del Consejo.

El Decreto suprime los billetes de favor, carga que se echaban encima las Compañías de ferrocarriles para sacudirse las pesadumbres de la vigilancia o inspección administrativa y la de fiscalización en las Cortes y en la Prensa.

Era el billete de favor un instrumento de cohecho y un cheque para comprar silencios.

Antes de la anual lista de redactores, se daban los billetes nominalmente; mas hubo que modificar la fórmula, porque se dió el caso de que con el de un periodista conocido viajara un autor dramático más conocido todavía: descubierta la añagaza, se hizo pagar al literato y se modificó el sistema que ahora tiene fin para desahogo de las arruinadas compañías y esplendor de la moral pública.

No todos los favorecidos vendían su silencio. Había periódicos que cambiaban los billetes de favor por anuncios y senadores, diputados, directores generales, ingenieros, burócratas, subsecretarios y ministros que consideraban de buen tono viajar con billetes equiparables a los de caridad. Así es de tonta la vanidad humana.

La ley de incompatibilidades hacía falta si no a la virtud, sí a la fama de la República.

Se nota aquí cualquier pecadillo mucho más que en la monarquía un pecado gordo, y ello es lo lógico, porque el republicano ha de ser sencillo, austero, de ejemplar conducta, probo, incorruptible, y si no es así no hay República más que en el nombre. El manto de púrpura de la monarquía todo lo tapa y lo disimula; la República, vestida con una blanca túnica, nada tapa ni hay mancha insignificante que pueda quedar disimulada.

Aquello que dijo César de su mujer lo expresó cuando todavía era republicano.

La incompatibilidad entre la representación parlamentaria y cualesquiera otras o un cargo público así pagado como gratuito ha acompañado a todas las Cortes, desde las llamadas de Cádiz hasta las disueltas por el general Primo de Rivera, superior a la Dictadura que implantó, dictador de buen vino, como decía una personalidad eminente que ahora es ministro.

Las Constituyentes de la República de Abril—pronto hará un año la niña—nacieron, como es natural, libres de leyes de incompatibilidades. Y no las necesitaban porque gobernadores y alcaldes elegidos por la provincia o la ciudad en que ejercían autoridad no la empleaban en corromper el sufragio. Era, además, obligado que a los hombres que habían sufrido

prisiones, confinamientos, destierros y otros males se les eligiera diputados, y concejales, y ministros. Una circunstancia, además, disculpaba el que una misma persona desempeñara varios cargos, destinos y representaciones y es la escasez de personal apto para el desempeño de funciones políticas o administrativas.

Se ha exagerado siempre un poco la tal penuria de hombres y lo cierto es que da grima ver en uno la diputación a Cortes, la provincial, una concejalía, un cargo público y el ejercicio de su profesión de abogado, de médico, de maestro o de periodista, mientras que hay socialistas y republicanos muy aptos y muy dignos sin representación ni cargo alguno.

Dejo al llegar aquí la estilográfica, cierro los ojos, cuento y, sin forzar la memoria, me salen en prueba de mi aserto veinte nombres. Sólo una de las personas recordadas es diputado. Los demás nada, nada más que ilustrados, competentes, modelos de consecuencia y virtuosos. Entre los citados para mis adentros hay cuatro que, sin dejar de ser republicanos, fueron reformistas. ¿Doy los nombres? El proyecto de Azaña lo hace innecesario.

Cada hombre un voto y un cargo. Este es el ideal. Claro es que físicamente no son incompatibles los cargos de diputado a Cortes y provincial, concejal, catedrático de la Central, de la Escuela de Ingenieros o del Instituto Escuela, pero ¡qué dificultoso desempeñar un hombre solo tan múltiples funciones!

Unese a todo esto la monserga del enchufismo que se ha pegado al oído del vulgo como una copla de zarzuela popular.

Bien, muy bien está el proyecto de una ley que ya se iba echando de menos.

Los doceañistas fueron extremados llegando a declarar incompatible con una nueva elección al que hubiese sido diputado, rigidez que dañó a la libertad e hizo desmerecer a las legislativas en comparación con las Constituyentes.

El deseo de preservar al mandatario del pueblo del soborno del rey, de las caricias de sus cortesanos y de las mercedes de sus ministros, impuso la incompatibilidad, que en la forma respetaron los Gobiernos del llamado antiguo régimen, pero que escamotearon en la práctica.

El diputado del Congreso y el senador del Senado de las Cortes de la Restauración, cuando recibía un nombramiento, una credencial, renunciaba al acta; pero tornaba a ser elegido sin elección por el distrito donde fué encasillado.

La República es refractaria a esas simulaciones. Quiere Cortes de diputados, no de funcionarios, ni de técnicos sabihondos, ni de galopines covachuelistas.

Roberto CASTROVIDO

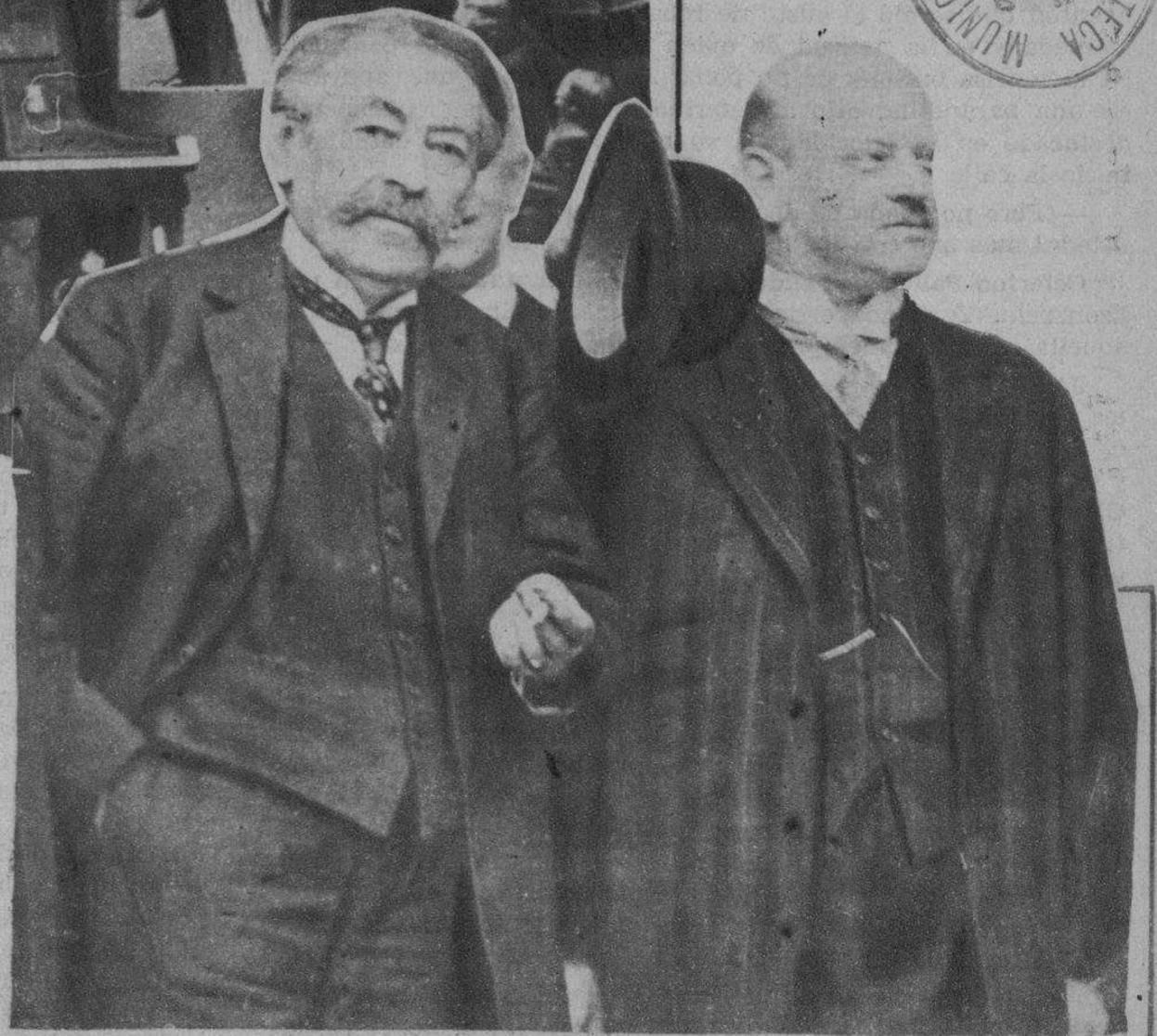
ANTE LA MUERTE DE ARÍSTIDES BRIAND

algunos
recuerdos
gráficos



Un discurso de Briand, en la
Cámara francesa

La Delegación ministerial fran-
cesa que recientemente fué a Ber-
lín, presidida por Arístides
Briand. — (Fots. Archivo de
LA CALLE)



Arístides Briand y Gustavo Stresse-
mann, representantes, respectivamente,
de Francia y Alemania, en la sesión que
celebró en Madrid el Consejo de la S.
de N., y los dos prematuramente des-
aparecidos, sorprendidos por el objeti-
vo durante la conferencia que celebra-
ron en el Hotel Ritz, de la capital de
España.

AVENTINO

AZAÑA Y EL PEQUEÑO TERROR

LOS monárquicos—y ahora sí que sería exacta la reciprocidad de aquella frase del período pre-agónico de la corona en la que los secuaces del gubernamentalismo designaban a los afectos a la Revolución con la graciosa frase de “los cuatro del disorder”—, los monárquicos, digo, para quienes las afirmaciones de sus periódicos tienen autoridad evangélica, opinan, de conformidad con tales textos, que Azaña es un hombre terrible. Realmente, si todos hubiéramos de acoplar nuestros juicios, no a la realidad de los hechos, sino a las deducciones, sospechas y sofismas de los españoles retardatarios, opinaríamos como esos lamentables supervivientes del culto al lío, que constituyen en la España actual a la manera de unos posos, sedimentos o escorias de la anterior.

No, Azaña, por desdicha nuestra, o dicho más exactamente, para desgracia de la segunda República española, no es un hombre terrible, ni mucho menos. No lo es Azaña ni lo son ninguno de los hombres que con él constituían el Comité Revolucionario, constituyeron el Gobierno Provisional y constituyen el que ahora rige los destinos nacionales.

Ahora bien; contra lo que, en apariencia a lo menos, opinan los monárquicos, el que ni Azaña ni sus ministros sean como dicen los enemigos de la República que son, puede originar, y es lo más lógico que lo origine, la terminante desmembración de la República.

Pero ¿es que sinceramente creen los políticos que se arrojan el triunfo de la Revolución, que puede hacerse triunfar ésta jurídicamente? No. No lo creen. Yo estoy terminantemente seguro de que no lo creen. A mí no puede olvidárseme el magnífico discurso de Azaña en aquel famoso banquete que fué disuelto a sablazos por los mismos policías que ahora sirven a la República. Aquella noche, mientras rompían contra nosotros, decían a gritos:

—¡Estos granujas!...

A mí no se me olvida el rostro de un esmirriado agente cincuentón que se dió el gusto de repartir bastonazos con la boca crispada y en la actitud de quien venga un agravio personal. Ni la sonrisa burlona de un polizonte adolescente que, apoyado en una barandilla, dijo a Ceferino Palencia, particularmente destacado en la velocidad de su nerviosismo que le empujaba hacia la calle:

—¿Pero no acaba de decir Albornoz que de aquí no saldrían ustedes más que con las bayonetas frente a los pechos?

Ceferino Palencia, pálido, decidió dedicar una sonrisa al polizonte. Y siguió corriendo, seguramente sin sospechar que aquella carrera que emprendía era la de gobernador civil.

Javier Bueno, que era el único revolucionario de entre todos los comensales, rompió una silla en la cabeza de un teniente de Seguridad. Se le esposó y se le condujo, con Eduardo Ortega y Gasset, al Juzgado de Guardia. Yo salí a la calle con Federico Oliver y con Azaña. Hasta la Cibeles fuimos escoltados por cuatro defensores del orden público: dos caballos y dos agentes a horcajados. En la Cibeles nos separamos todos.

Aquella noche recibí yo la impresión de la existencia de un Azaña para mí desconocido. Hasta aquella noche suponía yo en Azaña el “caballero español”, con más inquietudes literarias que políticas. Para mí Azaña era el hombre que fundó “La Pluma”, que había escrito la magnífica traducción de “La Biblia en España” y las tersas páginas de “El Jardín de los Frailes”. Pero aquella noche le oí pronunciar un magnífico discurso político en el que, a fuerza de literatura, pudo pedir ante un representante de la autoridad—de la autoridad de entonces—la cabeza del rey, sin que tal representante hallase el modo de impedirlo.

He aquí porqué yo no creí nunca que el cambio de régimen pudiera producirse como se produjo. Ahora bien, no es menos cierto que asimismo aquella noche del Hotel Nacional—noche de

la que aún no se ha escrito nada de lo que se debe escribir—se extinguió en mí, como en tantos otros, toda esperanza de Revolución. Aquello fué increíble. Después de que Azaña hubo de condenar a muerte al rey; después de que Eduardo Ortega le acusó heroicamente con la enumeración de todos sus nombres, y después de que Albornoz reclamaba para nuestros pechos las puntas de las bayonetas reales, bastaron unos cuantos guardias de orden público, sucios, mal afeitados, perezosos y con unos torpes sables de mellado filo para producir una desbandada realmente ridícula.

Fué una escena de pequeño terror, bastante bien organizada por el general Berenguer, conspirador republicano en París. Algún día hablaré yo aquí mismo de sus conspiraciones tan absurdamente desenlazadas.

Pues bien, un terror como el de aquella noche es el que a lo menos le hubiera sido indispensable al señor Azaña para imponer un mayor respeto a la República. Yo no sé si entra en sus cálculos una rectificación de esa benevolencia con la que la República trata a los reaccionarios. Si no es así, no tendría nada de particular que se produjesen no reacciones imposibles, pero sí cualquier acción, si no peligrosa, desagradable.

Sin el ejercicio de la violencia, es inútil aspirar a que los derechistas respeten a la República. En cuanto a los extremistas de la izquierda, no hay violencia que les intimide, porque no ignoran que la Revolución y el riesgo son consubstanciales. Por otra parte, si alguna vez emplea la República la violencia es contra este sector, que en el fondo no es enemigo del régimen, sino de los hombres en cuyas manos está. Este hecho es sencillamente lamentable, desolador y minúsculo. Pero evidente. Hasta ahora no han sido los realistas ni deportados, ni muertos por los fusiles de la Guardia civil. Los gobernantes de la República no son terribles más que con los trabajadores revolucionarios, que es justamente con quienes el terror es ineficaz, porque no defienden situaciones políticas, sino ideales. Es increíble que esta realidad no influya en quienes, como la mayoría de los actuales gobernantes, lo son por fuero de su pasado revolucionarismo y de su inteligencia. Es decir, afianzados en la acción y en la capacidad orientada.

Sin el ejercicio de la violencia en el avance de la Revolución, ¿qué pueden temer de la República sus enemigos? Sin la realidad de sanciones ejemplares, ¿porqué no van a producirse libremente las animadversiones, los ataques de que la quieren hacer víctima a la República sus enemigos? Esta es la realidad evidente.

Sin una consolidación violenta no es posible estabilizar de modo definitivo un régimen nuevo. La violencia, es decir, la rectificación implacable e indiscutible de lo viejo y de lo caduco es tan necesaria, y aún más para el afianzamiento del nuevo estado de cosas, como para derrocar el cancelado. Ni Azaña ni ninguno de los ministros actuales de nuestra segunda República es posible que lo ignoren. Por eso es absurdo que aspiren a oponer a las agresiones violentas de nuestros enemigos razones jurídicas.

La Revolución, en cualquiera de sus direcciones, es inseparable de la violencia. Es decir, de lo que históricamente se denomina terror. Si Azaña no se determina a afrontar esta evidencia, es posible que haga víctima al régimen de su propia tendencia a la legalidad. ¡La legalidad en un país sin concepto de la justicia!

La trágica verdad es esta: España será, en definitiva, de quienes la conquisten y la conserven a merced de unos días un poco terribles...

Ceferino R. AVECILLA

PANORAMA INTERNACIONAL

DE LA SUSPENSION DE HOSTILIDADES CHINO JAPONESAS AL SECUESTRO DEL HIJO DE LINDBERG

La culminante actualidad internacional, se contrae, estos días, a dos asuntos: a la aceptación por los representantes de China y del Japón, en la Sociedad de Naciones, del proyecto de resolución para la absoluta suspensión de hostilidades, y al secuestro del hijo del coronel Lindberg.

El primer asunto, tiene una importancia extraordinaria para la paz del mundo, y puede, el proyecto aceptado, si resulta eficaz tal aceptación, rodear de un prestigio singularísimo a la citada Sociedad de Naciones.

Para nadie es un secreto, el fracaso de este organismo en las anteriores gestiones entabladas para evitar que el conflicto chino-japonés tomara la derivación que ha tomado. Y como en vez de deponer su actitud hostil, chinos y japoneses, con pretextos más o menos justificados, arreciaron en la lucha, después de la intervención de aquél, hasta llegar a las truculencias de Shanghai, claro está que será de un efecto ejemplar y definitivo, que se encuentre una solución a la contienda.

Por de pronto, en la Asamblea extraordinaria de la Sociedad de Naciones, celebrada hace dos días en Ginebra, y en votación nominal, en la que tomaron parte los representantes de China y del Japón, se aprobó por unanimidad absoluta «el proyecto de resolución, invitando a los Gobiernos de dichas dos naciones a adoptar inmediatamente las medidas necesarias para la suspensión absoluta de las hostilidades, rogando a las demás potencias que tienen intereses especiales en Shanghai que informen a la Asamblea acerca de las condiciones en que se ejecuta la invitación precedente, y por último, recomendando que se entablen negociaciones entre representantes chinos y japoneses, con el concurso de autoridades militares, navales y consulares de las potencias antes mencionadas, para llegar a un acuerdo que ha de hacer definitiva la cesación de hostilidades y a reglamentar las modalidades de

la retirada de las fuerzas japonesas.»

¿Se cumplirá el proyecto en cuestión, por parte de los países contendientes? Si han de hacer honor a su voto, sí. Es de esperar que se lleve a cabo el cumplimiento del citado acuerdo, porque así debe ser, porque debe cumplirse.

Ahora, que no han de confiar mucho, los miembros de la Sociedad de Naciones, en que, en la realidad, se ajusten las cosas a lo establecido. En otras ocasiones, hemos apuntado aquí, en las columnas de LA CALLE, la impresión que teníamos acerca del origen y desenvolvimiento del conflicto chino-japonés, y teniendo ello en cuenta, no sería de extrañar que los chinos, acosados por elementos desconocidos y desmoralizados como están, si tropas del Japón, y que éstas, con la disculpa de ser molestas y agredidas, también esgrimieran sus armas contra China.

Aunque hay mucha gente que cree que el único motivo de las diferencias entre los indicados países, es el afán imperialista del Japón, no hemos de compartir nosotros tal suposición o creencia. En este asunto, las dos partes tienen su buen acopio de responsabilidad; pero, sobre todo, China, que se ha visto impotente para mantener el orden en la Mandchuria, que ha boicoteado los productos japoneses, que no ha podido impedir las fechorías de las cuadrillas de bandidos, que no ha logrado hacer frente a las propagandas y actuaciones comunistas provenientes de Rusia, que son las que han contribuido, en mayor grado, a lanzarla a combatir con el Japón.

Precisamente, estos detalles tan significativos, nos hacen tener que no tenga la debida eficacia, el proyecto aprobado en Ginebra, para conseguir la suspensión absoluta de las hostilidades. Y confirman estos temores nuestros, el hecho de que, a los dos días de tal aprobación, los telegramas de Shanghai, comunican «que continúan las escaramuzas y se nota movimiento de fuerzas, atribuyendo los japoneses a los chinos que no quieren éstos aceptar las condiciones y que, por el contrario, reciben sospechosos refuerzos».

Pero, aun dando por descontado, que quedan completamente suspendidas las hostilidades, parece que será bastante difícil obtener que China imponga a sus súbditos las determinaciones de la Sociedad de Naciones, porque siendo un país indisciplinado y dividido en taifos y banderías, hasta que el Comité Ejecutivo Central, haya establecido el orden y la disciplina radicalmente, no habrá medio de que se cumplan de modo estrecho y terminante, las disposiciones y compromisos del citado Comité. Como habrían resultado inútiles los acuerdos del organismo internacional de Ginebra, si el Japón, en vez de defender sus intereses violentamente, repeliendo agresiones y castigando duramente a los agresores, se hubiera dirigido al mismo, para que obligara a China a cesar en tales procedimientos. ¿Es que puede pedirse seriamente que cumpla sus compromisos internacionales a una nación en plena anarquía, con el orden perturbado continuamente, donde no se respetan ni la propiedad ni la libertad de comercio?

Esta es la parte negra, difícil, lamentable, de este pleito, y por ello, hemos insinuado que tendría mucha importancia para la paz mundial, que tuviera la debida eficacia el proyecto aprobado en Ginebra para la terminación definitiva de las hostilidades entre chinos y japoneses, y que ganaría enormemente el prestigio de la Sociedad de Naciones. ¡Si no es así...!

* * *

El otro asunto, a que nos referimos al empezar estas notas, es un asunto de carácter particular y sentimental, que ha conmovido a todo Norteamérica y tiene casi en vilo a todo el mundo. Como hemos indicado, se trata del secuestro del hijo del famoso aviador coronel Lindberg, infeliz criatura de 18 meses de edad. Unos bandidos se la llevaron, en circunstancias que nadie puede explicarse, y han exigido una fuerte suma para devolverla a su familia. Es uno de los casos más inconcebibles que registra la historia de la delincuencia americana, por lo que ha provocado un duro comentario de repulsa contra los secuestradores.

Hasta ahora, nos habíamos enterado de las audacias de toda suerte que han venido realizando los bandidos de Nueva York, en plena capital y a todas las horas del día y de la noche; pero no se conocía un caso igual al que nos ocupa.

Y es más doloroso y repugnante lo que ocurre con el mismo, porque no contentos los bandidos indicados con secuestrar a la tierna criatura, amenazan con matarla, si su padre no les entrega los 80.000 dólares que le han exigido.

De todos los progresos de Norteamérica, ese que acusan los bandoleros de aquel país, «perfeccionando» los procedimientos para desvalijar al prójimo, de modo tan refinado, es uno de los que no han de durar mucho, so pena que tengamos que confesar que los sentimientos de Humanidad, se han atrofiado completamente.

Carlos BERNAL

París, marzo 1932.

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos.

DESPUÉS DE UNOS AÑOS DE SILENCIO Y ALGUNOS DE AMARGURA

AL REINTEGRARME A LA VIDA POLÍTICA

SE puede decir que yo vine al mundo siendo ya republicano. Lo era mi padre, lo era la cuna en que nació, lo eran todos en mi casa. Mi padre había luchado en todas las sublevaciones de aquella época y de una barricada fué arrancado, fué detenido e iba a ser fusilado, cuando teniendo ya los ojos vendados y puesto de rodillas para ser pasado por las armas, el pueblo lo rescató y lo libró de una muerte segura. Fué desterrado varias veces y a consecuencia de tanto disgusto sufrió una grave enfermedad. Hubo de ser operado por el doctor Cardenal, que le cambió varias costillas naturales por otras de plata.

Mi tío, don Juan Pon, fué el jefe de los zorrillistas de Barcelona, y teniendo yo doce años se produjo el asalto al cuartel del Buen Suceso. Fué registrada nuestra casa y toda la familia detenida.

Sería prolijo que yo explicase todos mis antecedentes republicanos. ¡Son tantos y tan diversos! Pero creo que con lo dicho basta.

¿Cómo entré en la política? ¿Cómo conocí a Lerroux? Mi padre fué durante muchos años el organizador principal de un acto muy emotivo y muy sentimental que realizan los republicanos anualmente: el de llevar flores y coronas a la tumba, en el Cementerio de Sarriá, donde reposan los restos del "Xic de las Barraquetas" y sus compañeros. El año en que murió mi padre, que era el tercero de actuación política de Lerroux en Barcelona, en sustitución de mi padre fuimos mi hermano y yo, con otros amigos, al Cementerio de Sarriá a llevar las coronas.

Don Alejandro, que conocía y estimaba a mi padre, quiso conocernos y a su lado estuvimos durante el acto. A partir de aquel momento, el espíritu captador de Lerroux hizo que ya estuviese siempre ligado a él políticamente.

Años antes, a los dieciséis de edad, fuí obrero metalúrgico en la Maquinista y a esa edad comencé a luchar políticamente y a formarme

para llegar donde he llegado... En todos los demás países del mundo, una conducta y una trayectoria así, se elogiarían y se pondrían de modelo para estimular a la juventud en el campo del trabajo y de la honradez. Aquí, el que un hombre, antecedentes tan modestos como los míos se eleve por su propio esfuerzo, es un delito...

CONCEJAL, DIPUTADO PROVINCIAL, ALCALDE...

A los pocos meses de conocer yo a Lerroux en el acto de Sarriá, hubo elecciones para concejales y don Alejandro tuvo interés personal en que yo fuese candidato por el distrito VI y esa prueba de confianza me ligó al ilustre político.

Sobrevino más tarde aquel formidable movimiento de Solidaridad Catalana y la terrible campaña de difamación y calumnias que se hizo contra Lerroux me obligó a sentirme más unido a él y a ponerme a su lado como antisolidario, arrojando todas las consecuencias y responsabilidades que esa actitud representaba en aquella época de lucha enconada y agria entre catalanistas y españolistas.

Con ese carácter antisolidario, fuí candidato a diputado provincial y el único que triunfó en toda Cataluña.

De cuál sería mi conducta en los cuatro años que duró mi mandato y mi gestión pudo dar idea e informe mucha gente y mi actuación y mi conducta fueron avaladas, no sólo por mi jefe y mis correligionarios, sino por las personalidades catalanistas que convivieron conmigo en la Diputación, dirigidas por primera vez por el señor Prat de la Riba.

Prat de la Riba debió apreciar también mi labor en la Diputación provincial cuando me dió la vicepresidencia de la Comisión de Hacienda, y al salir de la Diputación se me ofreció un banquete, al que asistieron dos mil quinientos

comensales, que en aquellos tiempos era cosa realmente inusitada.

En las elecciones municipales siguientes, el señor Lerroux llevó mi nombre a la candidatura y fuí elegido concejal. Durante los dos primeros años de mandato fuí teniente de alcalde y presidente de la Comisión de Fomento, y el segundo bienio, primer teniente de alcalde y presidente de la Comisión de Hacienda, y mucho tiempo alcalde accidental de la ciudad.

MI AMOR A BARCELONA, LA EXPOSICION

Yo he soñado siempre con una Barcelona grande, rica, hermosa. Con una urbe que nada tenga que envidiar a las primeras ciudades del mundo; que sea admiración de propios y extraños... Barcelona es mi constante pensamiento. Si estuviese en mi mano, Barcelona sería la capital del mundo...

En el año 1907, como presidente de la Asociación de Industriales Electricistas y Anexos de Cataluña, que yo había fundado, di una conferencia en el Fomento del Trabajo Nacional para explicar mi proyecto de realizar una Exposición de Industrias Eléctricas, con el principal objeto de aprovechar la electrificación de Cataluña y transformar en eléctricas todas las industrias, para buscar un mayor rendimiento, una mayor producción y una notable economía. Se constituyó en medio del mayor entusiasmo una Comisión gestora, que yo presidí, y nos trasladamos a Madrid, en donde los industriales electricistas de Cataluña presentamos el proyecto al Gobierno y le pedimos su apoyo.

Llevaba yo una carta de presentación y recomendación de don Luis Muntadas, para el entonces coronel de Caballería y ayudante del rey don Joaquín Miláns del Bosch, para que nos sirviese de introductor en las esferas

oficiales. Tan bien se portó con nosotros el coronel Miláns del Bosch, que le rogamos aceptase nuestra representación oficialmente, para gestionar en Madrid cuanto fuese necesario al éxito de la Exposición.

Mis desvelos y mis trabajos por el Certamen se concretaron en la definitiva concesión por medio de una Ley, que determinaba el apoyo que habían de prestar a la futura Exposición el Estado, la Diputación de Barcelona y el Ayuntamiento, y mi nombramiento, junto con el señor Cambó, de Comisario.

Para que el "líder" regionalista y la "Liga" apoyasen con entusiasmo a la Exposición, me ayudó mucho aquel gran hombre que yo llamaba Prá Prat de la Riba. Por entonces pertenecía yo al Ayuntamiento y Prat me dijo al solicitar yo su concurso y el de sus amigos: "Se dice que todos los hombres tenemos alguna locura. Usted la tiene por la Exposición. Yo, por la Mancomunidad. Pues bien: yo le prometo ayudarle en lo de la Exposición, a cambio de que usted, Lerroux y sus amigos, nos ayuden a nosotros en alcanzar la Mancomunidad..."

Yo acepté el pacto y lo cumplí lealmente. Prat de la Riba hizo igual. Y es que Prat de la Riba siempre fué un gran hombre y un gran caballero.

Ya en marcha el proyecto de la Exposición, terminó mi mandato municipal.

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE LA PROPIEDAD.—MI SUPUESTO MONARQUISMO

El año 1915 entré a formar parte de la Cámara de la Propiedad y al siguiente me eligieron presidente, cargo que conservo y que es para mí honorífico, tanto por la calidad como por la cantidad de sus componentes.

En esa época comienza lo que podríamos llamar mi vida económica, es decir, mis estudios y mi trabajo sobre economía, hacienda y finanzas, labor que simultáneo con la presidencia de

la Cámara y la Comisaría de la Exposición. Asisto a Congresos, doy conferencias, pronuncio muchos discursos... Y las Cámaras de la Propiedad de toda España me hacen presidente de Honor y de la Junta Consultiva.

Y por mi situación dentro del Ayuntamiento y por ser Comisario de la Exposición no puedo menos que recibir al rey cuando viene a Barcelona con el exclusivo objeto de enterarse de la organización y marcha de las obras. ¿Qué iba yo de hacer ante la presencia del jefe del Estado? ¿Iba yo a abandonar y desatender un proyecto que era el sueño de muchos años de trabajo, de amarguras y de sinsabores? ¿Iba yo a perjudicar los intereses sagrados de mi Barcelona querida y admirada por un bajo espíritu de sectarismo impropio de los tiempos que vivimos, impropio de toda persona medianamente educada, impropio de todo español, que es decir impropio de un hidalgo? No. Y si en cien ocasiones se repitiera el caso, cien veces haría lo mismo.

Yo, entonces, no vi en el rey a nadie más que al jefe de Estado, que con su gran influencia, con su autoridad sobre los Gobiernos y sobre todos los organismos de la complicada maquinaria burocrática oficial podía ayudar a que fuese una realidad—¡cómo fué para gloria de Barcelona, de Cataluña y de España!—la Exposición de Barcelona. Pero, ¿es que por ello yo renunciaba a mis ideales republicanos de siempre, a aquellos ideales que aprendí a defender y a propagar al lado de mi buen padre, al lado de Lerroux?... Jamás pasó por mi mente ese absurdo. Es más, la caballerosidad y la verdad me obligan a decir ahora, cuando podía callarlo, que el rey conocía sobradamente mis ideas republicanas y aunque discretamente nunca aludió a ellas en las contadas veces que hablamos, yo sé que al aludir alguien al asunto, respondió: "Lo sé y no me importa. Es un hombre que lucha y que trabaja por la prosperidad de España y es bastante".

Yo nunca he hurtado mi cuerpo a las responsabilidades; he dado siempre la cara, y ahora consideraría la mayor de las cobardías, una de tantas cobardías, negar que el entonces rey me distinguía

con pruebas de afecto y consideración de carácter personal, que un caballero y una persona bien nacida no puede olvidar. Y lo hacía el rey, indudablemente, no por el escaso valor de mi persona, sino por lo que yo representaba, por los intereses económicos, industriales y comerciales que yo, entonces con la monarquía y ahora con la República, estaba y estoy obligado a defender.

Por eso también no sólo me trataba con el rey—al que jamás pedí nada para mí—, sino con otras muchas personas a cuyos homenajes me sumé cuando en honor de ellas se celebraron, sin tener para nada en cuenta su filiación ni sus ideas. Eran personas que por su influencia política y social podían favorecer o perjudicar esos sagrados intereses por mí representados, y no dudé nunca. Unas veces, para beneficiar a las clases sociales que me honran con su confianza; otras, para evitar que se las atacase y se las perjudicase.

En toda esta actitud mía ¿qué hay de censurable o de inmoral?

Para evitar comentarios y para poderme dedicar en cuerpo y alma a la Exposición, que esperábamos inaugurar en 1923, de acuerdo con el señor Lerroux, dejé de tomar parte activa en los actos que celebraba el Partido Radical, para que mi actuación al servicio de Barcelona y de la Exposición tuviese una mayor independencia, para poder ser el nexo entre todos los partidos, para que «mi locura», según Prat de la Riba, tuviese una realidad. Pero sin dejar de tener siempre la vista fija en mi jefe y en mi partido.

EL GOLPE DE ESTADO Y LAS «RESPONSABILIDADES» DE ENTONCES...

Sobrevino el golpe de Estado del 13 de septiembre y a consecuencia de él, nos echaron del Comité de la Exposición. Se inició el expediente de «responsabilidades» y la Dictadura inició contra muchos, y entre ellos contra mí, una persecución formidable y enconada.

Entonces, muchos de los que ahora se las echan de valientes y que se metieron en lo más recóndito de su hogar, callaron como muertos, para dejar pasar la tormenta. Yo no. Pedí autorización legal para dar una conferencia pública. Con objeto de explicar deta-

llada y minuciosamente nuestra gestión y nuestros trabajos para que la Exposición de Barcelona fuese un certamen digno de España.

Las autoridades de Barcelona me habían negado el permiso para dar la conferencia, pero fuí a Madrid, hablé con Primo de Rivera, con el que tuve un diálogo muy vivo y al ver que tampoco él se mostraba muy propicio a dar el permiso, le dije que estaba dispuesto a dar la conferencia en Perpignan, pues yo necesitaba dar cuenta a la opinión pública de mi labor.

El dictador dió un fuerte puñetazo en la mesa y respondió a mi amenaza: «Va usted a dar la conferencia; pero tenga usted cuidado con lo que dice, porque pudiera ser que del local en donde la dé, salga usted para la cárcel...»

Dí la conferencia en Barcelona arrojando todas las responsabilidades y peligros y la conferencia está impresa en las colecciones de los diarios.

Le allí nació una campaña de calumnia y difamación contra mí, hecha por un semanario costeado por una personalidad que tenía entonces extraordinaria influencia en Barcelona y en España por su gran amistad con el rey...

NO OBSTANTE, SE REQUIERE INSISTENTEMENTE MI CONCURSO A LA DICTADURA Y YO LO NIEGO

Durante los últimos años de la dictadura, por mi actuación en la vida económica del país, por mi representación social—dejemos alguna vez la modestia a un lado—por los intereses económicos que yo representaba, fuí requerido distintas veces, unas de una manera directa, otras, indirecta, para que aceptase cargos políticos, cargos para cuyo desempeño muchos de los que ahora gritan tanto, hubiesen vendido su alma, no a Primo de Rivera, sino al mismo diablo...

Dentro de las más exquisitas formas de la corrección, rehusé dar mi colaboración a la dictadura. Claro está que no podía situarme francamente enfrente de ella por esos mismos intereses que me veía obligado a defender y que no tenía yo derecho a perjudicar por exteriorizar mis ideas políticas. Harto hice con sortear lo más hábilmente que pude lo difícil de mi situación. Y que lo era, lo demuestra un hecho que acude en estos momentos a mi memoria: el que

la dictadura, para rendirme y obligarme, llegó a pensar en nombrar una Junta directiva gubernativa en la Cámara de la Propiedad.

Esa persecución, hasta cierto punto era lógica. La dictadura conocía bien mis antecedentes políticos.

Sabía que yo había sido cinco veces senador por la provincia de Tarragona. Diputado a Cortes por el distrito de Gadesa, por el artículo 29. Concejal de Barcelona. Diputado provincial, etc., etc.

Una de las cosas que se me cargan en cuenta es mi amistad personal con el general Barrera. No la niego, ni la negaré; porque esa amistad me sirvió muchas veces, cientos de veces, para sacar a muchos hombres de la cárcel y para enjugar muchas lágrimas...

Yo conocí al general Barrera siendo subsecretario de Guerra, cuando era ministro el vizconde de Eza. Después Barrera fué de gobernador militar a Tarragona, provincia por la que ya he dicho que era yo senador. Y cuando Barrera fué designado para la Capitanía General de Cataluña y vino a Barcelona, nuestra amistad personal se acentuó y no me arrepiento, pues como antes apunto, gracias a esa amistad pude evitar muchos atropellos, deshice otros y conseguí defender al tranquilidad de muchos hogares.

Yo nunca pedí nada para mí. Yo amparé siempre a cuantos vinieron a solicitar mi ayuda y mi concurso, sin importarme poco ni mucho las ideas, ni la filiación de los que lo pedían. Me bastaba ver esposas e hijos sin amparo, llorando la prisión o el destierro de sus seres queridos; hombres que, equivocados o no, por sus ideas sufrían persecuciones y agobios y yo les defendía con el alma y con cuantos medios tenía a mi alcance...

Y Barrera, amable, comprensivo, generoso, en medio de su poder omnímodo me ayudaba y muchas veces me decía al dar una orden de libertad o favorecer a alguno de mis recomendados: «Don Juan, ¿está usted seguro de que todos estos trabajos suyos encontrarán el debido agradecimiento...?»

El sabía, y yo también, que las buenas obras se realizan no por buscar el agradecimiento de los demás, sino por el deseo de cumplir con un deber y por la propia estimación.

¡Cuántos de los que inspiran o escriben esas estupideces negándome antecedentes republi-

DIVAGACIONES

¡PASO A LOS TÉCNICOS!

UNO de nuestros lectores nos escribe en estos términos: "España—la República—precisa, también, su plan quinquenal. He aquí una idea que debe imponerse en todas las conciencias ciudadanas. El pueblo arrojó a los detentadores del Poder, a los representantes e intérpretes del ignominioso régimen monárquico, cuyos absurdos fueron causa de los descalabros que ahora vemos en la economía nacional y del "statu quo" del desarrollo industrial, agrícola y financiero de España. El pueblo arrojó a aquéllos con un voto significativo de su opinión adversa, magnífico gesto de dignidad ciudadana, para erigir en su lugar la representación de un régimen nuevo, que rehiciera, mejorándola, la situación nacional.

Ahora bien: ¿basta con lo hecho para el resurgimiento de los altos valores hispánicos; para que las grandes posibilidades españolas recobren su perdida pujanza e inauguren una nueva etapa de engrandecimiento? En modo alguno. Ni sólo con lo hecho han cumplido su misión los ciudadanos, ni bastará con la buena intención de un Gobierno y el poderoso auxilio de sus colaboradores políticos. España necesita más: necesita todo un plan de reconstrucción, orgánicamente estructurado, elaborado con la cooperación de todos y confeccionado sobre la base de las realidades y de las exigencias nacionales.

España precisa de este plan, cuya iniciación y estudio no deben demorarse.

Elaborado con la cooperación y ayuda de todas las clases sociales y de todos los técnicos y expertos en cada una de las ramas de la ciencia y de la producción, y conquistado el asenso de toda la Nación para él, de un modo tácito o expreso; todos se someterían o deberían someterse a las incidencias de este plan de reconstrucción nacional, sin que cupiesen protestas ni gestos de rebeldía.

Automáticamente se lograría con él, entre otras muchas cosas, la supresión de los conflictos sociales, basados casi siempre en los deseos de cada una de las clases trabajadoras que en ellos intervienen de lograr para sí mismas una mejor situación.

canos vinieron a mi casa en busca de apoyo y de defensa!

Pero la vida y los hombres no son como los demás queremos que sean...

BASTA DE EQUIVOCOS, PUNTUALICEMOS...

Entre las muchas fantasías que se me atribuyen, a sabiendas de su evidente falsedad, una de ellas es la de que yo he sido socio de entidades monárquicas, y otra, que uno de mis periódicos iba a ser vendido a la Unión Patriótica. Yo jamás fui socio de otros centros que de los republicanos, y especialmente de los radicales. Desde los años 1908 y 1909

en que comencé a ocupar lo que podríamos llamar un primer plano en la política de Cataluña, no he dejado de abonar todos los recibos de los infinitos casinos y centros de que me hicieron socio, incluso durante la época de la dictadura, época en la que se dieron de baja y desaparecieron muchos que ahora cotizan su abolengo republicano.

Mi casa, mi corazón y mis brazos han estado siempre abiertos para cuantos han acudido a mí en demanda de ayuda o consuelo. Y si alguien ha salido de mi despacho contrariado, no habrá sido por mi voluntad: habrá sido por imposibilidad de poderle compla-

En realidad, pocos están contentos del panorama nacional después del advenimiento de la República. Todos creían que, apenas instaurado el nuevo régimen, surgiría, por generación espontánea, la felicidad completa de cada uno de los españoles, sin tener en cuenta las dificultades que habían de encontrarse y la multitud de "entuetos" que había que "desfacer". Pues bien: para satisfacción de todos, se precisa un exacto conocimiento de la realidad y un sabio proyecto de reorganización."

Al mismo tiempo, un semanario de izquierdas de Madrid—no importa el nombre—acaba de comenzar una especie de encuesta, de más altos vuelos que las que suelen aparecer en nuestros diarios, dirigiéndose a todos los españoles "para que cada uno, en la especialidad de su profesión, exponga su opinión y sus iniciativas para la elaboración de un plan nacional de reconstrucción. Y da cuenta el semanario que nos ocupa de haberse dirigido privadamente a las más significadas autoridades de la ciencia, la industria y la finanza; a los más competentes químicos, ingenieros, arquitectos, geógrafos, banqueros, etc., solicitando de ellos orientaciones prácticas.

La coincidencia de la carta a que nos referimos al principio con la posición de este periódico semanal, coincidencia simultánea a la creación de ese organismo asesor de que ha hablado el ministro de Obras Públicas, son pruebas elocuentísimas de la existencia de un formidable estado de opinión en pro de la intervención de la técnica en la vida pública.

En realidad, era ya necesario que el tinglado español se vaciase de equilibristas y saltimbanquis, peritos en el columpio parlamentario y ministerial, para dar paso a los trascendentales.

Hasta ahora, la vida pública española se ha reducido a la frivolidad del mariposeo partidista.

¡Paso a los técnicos! Sin ellos, la política no será jamás sino un juego de cuatro esquinas, sin ningún resultado práctico para el pueblo español.

FELJOO Y TORRES

cer en toda la extensión de sus deseos...

Mi amistad y mi lealtad para con Lerroux han sido siempre las mismas. Nadie mejor que el ilustre hombre sabe mi desinterés y mi forma de estar a su lado.

Ahora se dice que uno de mis periódicos va a venderse al lerrouxismo... La misma cantata que hace años con el que iba a venderse a la Unión Patriótica. Es falso y absurdo. Para defender honradamente la política de Lerroux, mis periódicos no necesitan venderse. La defenderán siempre que la crean beneficiosa a los intereses de Cataluña y de España. ¿Por negocio? Los hombres de

negocios vendemos lo que se nos paga bien y compramos lo que creemos necesario adquirir. Todo es cuestión de precio y oportunidad...

No queda, por consiguiente, nada de esta leyenda de mi «monarquismo». Repito que cuantas veces fuese necesario repetiría lo que hice para defender, por una parte los altos intereses que me están confiados; por la otra, intereses de alta humanidad, intereses humildes, pero tan respetables para mí como los otros.

Y a los que su sectarismo o su maldad no les permita ver así las cosas, que sigan revolcándose en su amargura. A mí, me es igual...

JUAN PICH

OPINIONES

DESCORRIENDO EL VELO

CUANDO estas líneas lleguen a conocimiento de los lectores que tengamos, el proyecto de Reforma Agraria tendrá ya estado público y oficial. Lo suponemos así en virtud de las últimas noticias que nos llegan de lo tratado en el Consejo de ministros.

Según estas noticias, terminada ya la discusión del proyecto por los ministros, será entregado al presidente de la Cámara para su discusión en el Parlamento.

Con la referencia oficial que anuncia el término de la discusión, se da también una idea aproximada de las líneas generales que la ¿última? reforma ha introducido en el proyecto.

¿Cuáles son éstas? No se asusten los españoles, no; que no hay para tanto. El proyecto actual es modesto, decento; nada de exageraciones perturbadoras ni de truculencias abracadabrantas. Seriedad, parquedad, parsimonia. Esto es lo que caracteriza al proyecto, según las referencias conocidas.

En primer lugar, del proyecto actual ya desaparece el que sean setenta mil las familias asentadas. Se mantiene una cifra aproximada. Pero la realización del asentamiento del número que se fija se hará cuando se pueda. No se considera apremiante como lo consideraba el proyecto primitivo. Se parte de la idea progresiva de ir asentando varios miles de familias cada año que transcurra.

Por otra parte, de aquellas orientaciones colectivas que tenía el proyecto primitivo no se habla. Ni una sola palabra. Ni la más leve mención.

¿Se habrán borrado íntegramente en el actual proyecto? Sin duda. La poda en el proyecto primitivo ha sido tan profunda que apenas si conserva el nombre.

El proyecto actual sienta una progresión graduada partiendo de un mínimo para el primer año. Luego, esta graduación crecerá a medida que las necesidades lo aconsejen y lo exijan.

Tal es la base de la Reforma que se nos ofrece.

A fuer de imparciales y sinceros, quisiéramos nos dijese el ministro de Agricultura, señor Marcelino Domingo, en qué Reforma Agraria de las realizadas por los países europeos ha inspirado la suya. Y preguntamos esto, no por el mero capricho de preguntar alguna cosa con ánimo de molestar a la gente, no; lo hacemos con el propósito de ilustrar nuestro pensamiento en materia de tan elevada trascendencia social.

Por mucho que lo deseamos, no llegamos a ver la razón en que fundamente sus puntos de vista el autor de la Reforma. Se ha olvidado, con grave daño para la economía del país, que hace once meses escasos se realizó un cambio de régimen. Que por la voluntad soberana del pueblo se destruyó una monarquía despótica, la cual, contra toda tendencia renovadora, mantuvo por encima de todo un régimen de propiedad de la tierra de tipo semifeudal.

Para nadie es un misterio que la razón más cabal del empobrecimiento de nuestro país, de su atraso, de la miseria que padece, hay que buscarla en la inexploración del agro, imposible de realizar por las dificultades tradicionales que a ello se oponían.

Y si esto es así, ¿podría decirnos el ministro de Agricultura en qué lógica funda la orientación que ha dado a la Reforma? Esa progresión paulatina establecida estaría bien, sería admisible en un país donde la agricultura, si no floreciente, estuviese medianamente desarrollada. En un país donde no hubiese habido una revolución, un cambio de régimen; donde por una serie de circunstancias de orden de política interior, crecimiento de población, desarrollo industrial, adquisición de mercados, etc., etc., hubiese necesidad de aumentar la totalidad de la producción normal agrícola. Pero en un país como el nuestro; en un país como España, donde una de las causas eficientes de la revolución fué la condición precaria del agricultor, no se concibe lo que el ministro de Agricultura ha hecho. Lo que nos da no es una Reforma Agraria,

en el amplio sentido de la palabra; es dejar las cosas tal cual estaban, por no decir peor; es sembrar la más terrible desilusión en aquellos corazones en los que la Reforma había sembrado un tenue rayo de luz de esperanza.

Pero ahora todo vuelven a ser sombras, todo se oscurece en torno a los explotados de la gleba.

El Gobierno actual, y más particularmente su ministro de Agricultura, padecen de afasia profunda, han olvidado, no su origen revolucionario, que esto diría poco o nada; han olvidado, con grave daño para el pueblo que trabaja y produce, lo que éste necesitaba.

Ningún país de los que han hecho Reforma Agraria, ni aun los de tipo político más atrasado, se les ha ocurrido lo que se le ha ocurrido al ministro español. Todos, Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia, ¡hasta estos!, al intentar la Reforma Agraria han ido a fondo, la han abordado rápidamente y de una vez.

Claro está que el proyecto ministerial puede ser modificado por las Cortes. No ocultamos nuestro pesimismo respecto al particular. Son las Cortes actuales demasiado dóciles; tienen demasiado miedo a sí mismas para esperar de ellas gestos gallardos.

La Reforma Agraria pasará a convertirse en ley tal cual la ha concebido el ministro. Las reformas que en ella se introduzcan, si se introduce alguna, serán de forma, de detalle, externas, pero no de fondo. Y Cortes y ministro se unirán para mantener enhiesta la bandera de la injusticia que sobre el campo español ha ondeado durante siglos y siglos.

Pero el aspecto más grave de la Reforma que se proyecta no es solamente el desencanto y la desilusión del campesino español, aunque esto lo sea mucho; lo peor es que, de la forma que se enfoca, costará algunas docenas de millones al Tesoro público y los beneficios no se notarán sino después de mucho tiempo transcurrido. Es decir, que la Reforma tiene todas las desventajas imaginables sin ningún beneficio positivo.

Comprendemos, por otra parte, que nuestro esfuerzo es baldío, que nada conseguiremos en esta cruzada por un mejoramiento moral y material del campesino español. Ha caído éste demasiado hondo, está demasiado deprimido para exigirle ningún esfuerzo. Incapaz de intentar nada por sí mismo, aceptará lo que le den como un gran favor que se le hace. Y esto es lo peor y lo más doloroso.

Cuando los pueblos llegan a tales situaciones les cuesta tiempo reaccionar. Tardan en ponerse en marcha. Que es lo que le pasa al campesino español. Oye hablar de la Reforma Agraria; pero, desesperanzado por desengaños anteriores, no se preocupa de intervenir con su voluntad para que las cosas se hagan como deben hacerse. Y aceptará lo que le den; sin perjuicio de que luego siga clamando contra el Gobierno, las leyes, los ricos y los amos, contra los que mandan y gobiernan, contra lo humano y lo divino, contra los de arriba y los de abajo. Contentándose con esto.

Pero si él no lo hace, debemos intentar hacerlo los demás. Si, como él, callamos y nos inhibimos, seremos doblemente responsables. El tiene la disculpa de su situación; quizá también de la ignorancia del problema. Porque, sin entrar en el fondo de la cuestión, se le dice que le darán la tierra, y él con esto se conforma. Nosotros no podemos colocarnos en el mismo plano.

Hay que gritar fuerte que esa Reforma Agraria ha de ser más profunda, más radical, más intensa. Hay que elevar la economía del país, y no se conseguirá si no es con una Reforma Agraria que remueva la tradición hasta en sus cimientos más profundos. Y hay que despertar en el campesino el entusiasmo y la energía necesarias para que se incorpore en esta cruzada por su propio mejoramiento.

Angel PESTAÑA

Hindenburg

ENTRE los diversos acontecimientos notables que ocurren en estos momentos de uno a otro confín del Universo, descuella, hoy, sin duda, la muy próxima reunión de sufragios que ha de testimoniar ante el mundo, en Alemania, la preferencia nacional por la figura eminente que debe presidir esa gran República proclamada en Weimar como consecuencia de la más descomunal de las guerras que vieron las generaciones a través de los siglos.

Tan interesante circunstancia induce a las gentes al ins-



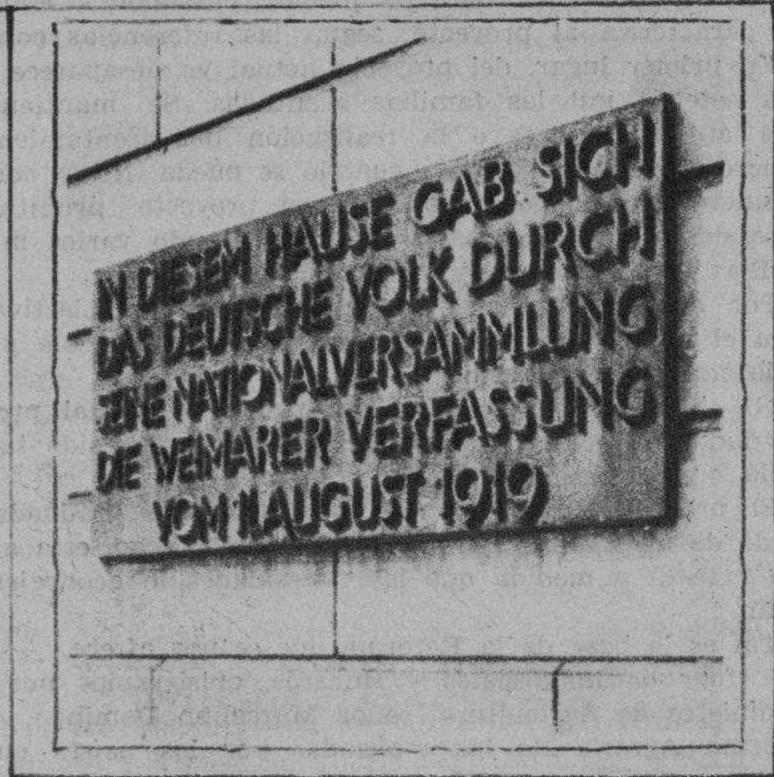
El imponente monumento erigido en Heligoland a la gloriosa figura de Hindenburg



La antigua águila imperial, cuyo «plumaje renovado», es hoy el símbolo de la República

tintivo augurio fácil, pero, por encima de las más meditadas predicciones hay, evidentemente, la casi total certeza de la reelección de Hindenburg.

Mil veces más alto que las tribunas y banderas de la legión fascista, rencorosa y ávida de dominación absoluta, el venerable rostro noble y severo de Hindenburg, esculpido ya en vida en colosales monumentos, en históricos frontispicios y en meda-



La lápida conmemorativa de la proclamación de la República, en la fachada del Teatro nacional, de Weimar

llas conmemorativas, refleja las inolvidables horas graves que vivió inquieto el pueblo alemán, al que Hindenburg, con su valor inteligente en las batallas y su posterior comprensiva aceptación y defensa de la República, libró indudablemente de un irreparable cataclismo.

El famoso Bismark no alcanzó el elevado relieve de Hindenburg y Ebert, el primer Presidente de la República que, proclamada en 1919 en el Teatro Nacional de Weimar, destronó al despótico emperador Guillermo II de Hohenzollern, dejó apenas el recuerdo de su nombre en la memoria infiel de las gentes, pero Pablo de Beneckendorf Hindenburg, nacido en Posen en 1847 y elegido Presidente en 1925 como sucesor del primero, sobresaldrá eternamente en la extensa historia de la raza sajona con un fulgor de gloria inextinguible.



La famosa efigie acuñada como im-percedero recuerdo del eminente alemán

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE SAGUNTO AL 14 DE ABRIL

XI

Otro niño en el trono de España



D. MELQUIADES ALVAREZ

En la época en que empezó su carrera política haciéndose significar por su intransigente anticlericalismo

EL día 17 de mayo de 1902, Alfonso XIII juraba la Constitución, que, por cierto, lo proclamaba rey constitucional «por la gracia de Dios». Si hay quien conozca una absurdidad mayor, que levante el dedo. Nuestro providente clericalismo había llegado hasta hacer participar a la divinidad en la legislación de España.

Contra esa participación, divinamente clerical, que había invadido todas las antecámaras de los Ministerios, se levantó la voz del señor Canalejas, entonces Ministro con el gabinete Sagasta, ante el cual había jurado Alfonso XIII, y su actitud le costó la cartera.

Durante unos meses la opinión española le dió vueltas y más vueltas a la cuestión re-

ligiosa y, como era de esperarse, se discutió hasta hilar muy delgado, el alcance de la ley del 30 de junio de 1887 sobre las asociaciones.

Estos debates sobre las congregaciones religiosas dieron motivo, y esa fué su única utilidad, a que se revelaran algunos oradores: entre ellos Melquiades Alvarez. Pero la elocuencia empezaba a decaer.

dino que enterró su desesperación en las frías aguas de un lago de Finlandia. Y Macías Picavea, Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu, Luis Morote, sobre este último, con su libro «La moral de la derrota», fueron nutriendo el espíritu español de práctico y eficaz reformismo.

La voz redentora de Joaquín Costa que venía dejándose oír



DON JOAQUIN COSTA

Abnegado y taciturno apóstol de la libertad

sentado su dimisión, por parecerles extraordinariamente liberales.

El señor Canalejas, respondiendo a la actitud de la avanzada del pensamiento español, se separó de Sagasta y de sus anticuados procedimientos políticos.

Y el señor Sagasta, quizá por no presenciar el resurgimiento de España, se murió. Pues tan grande fué el disgusto que le proporcionó el saber que en su partido existían elementos que no estaban conformes con su política de contemporización, que no pudo sobrevivir a él. Aquella escisión del partido liberal, dividiéndolo en dos, en uno de cuyos lados se levantaba el señor Canalejas con su anticlericalismo y su visión nueva de las cuestiones políticas, al viejo político español, acostumbrado como todos los jefes de su época a ser ciegamente acatados, le produjo la muerte.

Entró entonces en el palenque político, decididamente a gobernar, el señor Maura. El señor Maura, que había empezado junto al señor Sagasta su carrera política y que por una virada en redondo, muy frecuentes en los hombres públicos, habíase pasado al partido conservador con armas y bagajes.

Y tras un efímero Gobierno de Silvela y uno fugacísimo de Villaverde, en 1903 se hizo cargo don Antonio Maura de los destinos de la nación.

Cabe reconocer que el señor Maura era un hombre bien in-



EFLUVIOS DE PRIMAVERA

Alfonso XIII da sus primeros pasos, como rey de España, sostenido por los jesuitas. (Caricatura de F. Boscovits publicada en "Nebelspalter", de Zurich, el 23 de abril de 1904.)

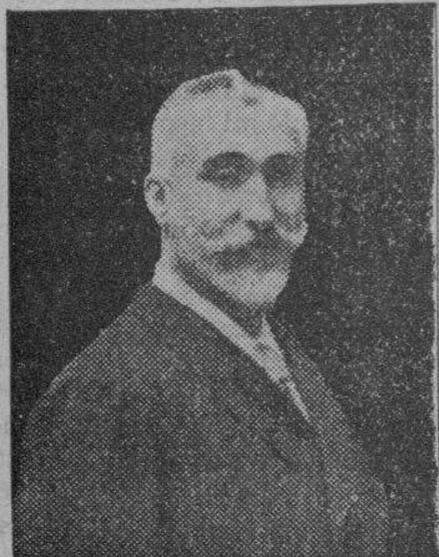
España ya no quería ser un país de intuitivos e iluminados

Los españoles ya estaban hartos de predicciones y augurios, loas y cantos, panfletos y admoniciones, y deseaban asir, fuese como fuese, el hilo de la razón y de la lógica.

Ya Angel Gavinet, en 1897 había abierto la brecha con su «Idearium Español» y los intelectuales rendíanle tributo, siguiendo el camino señalado por aquel melancólico grana-

desde 1898, difundió por los campos de España, con su libro «Colectivismo agrario en España», las ideas que hoy parecen subversivas y atentatorias a cierta caracterizada minoría de estas Cortes republicanas de 1932.

Rafael Salillas, abogaba asimismo por esas ideas que en la actualidad está poniendo en práctica la señorita Victoria Kent, y que han dado motivo a que algunos individuos del Cuerpo de Prisiones hayan pre-



D. ANTONIO MAURA Y MUNTANER, caudillo del clericalismo y jefe del Gobierno

TACTICA REVOLUCIONARIA

LA ECONOMIA NACIONAL Y EL SABOTAJE

LA estadística de los daños causados en los últimos tiempos a la economía nacional por medio del sabotaje, causaría sorpresa e indignación a quienes repugna el empleo de esa arma de ofensiva tan vieja como la primera organización marxista. Desde 1917, el sabotaje, a excepción hecha de Cataluña, parecía proscrito en las luchas proletarias. Sólo las organizaciones extremistas lo postulaban y practicaban. Las organizaciones adscritas a la Segunda Internacional omitían el empleo de ese recurso brutal y primitivo, verdadero creador de la ruina económica.

Pero el sabotaje parece haber entrado en una época de renacimiento. Las distancias entre las organizaciones obreras se acortan y se vuelve a atentar contra la economía nacional. En Andalucía se emplea el sabotaje con morosidad complacida. Redúcese la producción normal, habitual; se practica el sabotaje con lentitud, que es forma de las más refinadas de agresión a la economía. No se queman ni se destruyen de otra manera los olivares. Pero se da un ritmo mínimo a la faena. Contra esta habilidad ofensiva los capataces y propietarios no pueden nada, en absoluta impotencia. Y tampoco pueden nada, al parecer, las delegaciones del Gobierno de la República.

En otras zonas, el sabotaje reviste modos distintos. En algunas partes de la España fabril se han dejado apagar los hornos industriales, y en

otras, como en Sagunto, v. g., la ofensiva ha llegado a la destrucción violenta.

El empleo sistematizado del sabotaje, según todas las señales, indica que las luchas del capital y trabajo, léase sindicales, entran en un nuevo período de violencia. La organización burocrática creada para substanciar en superior instancia los pleitos constantes del capital y el trabajo es rebasada por la furia destructiva. Esta acción señala la culminación de un plan revolucionario formulado por acuerdo propio o ins-

piración ajena. Cuando los Consejos de obreros y soldados en Alemania asumían de hecho la dirección de las masas proletarias, aparecía el sabotaje como gran recurso revolucionario. En Italia, las organizaciones insurgentes aconsejaban la ofensiva sistematizada contra la economía nacional para llegar a la revolución extremista. En Rusia, bajo el Gobierno Kárensky, se preparaba el golpe de estado bolchevique auscultando las posibilidades de triunfo por medio de una conspiración contra las fábricas y

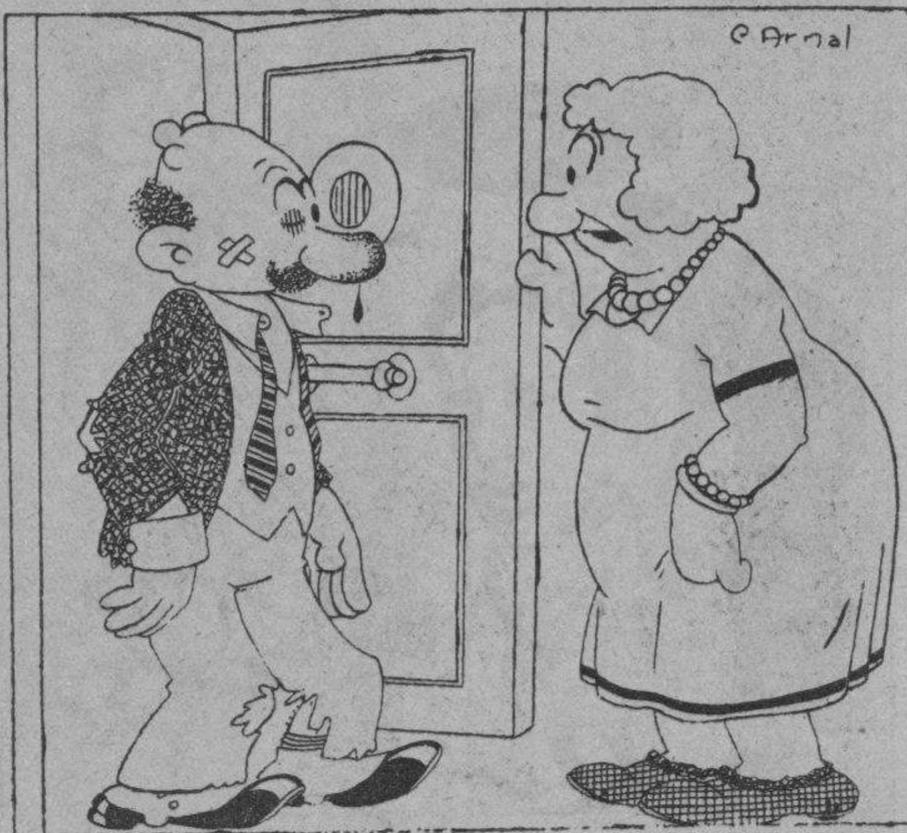
los campos, dirigida técnicamente por Trotsky.

**

Mientras, en el Poder se habla un lenguaje mesurado en pro de la resolución por vías pacíficas de cuantos pleitos atañen a la economía nacional, entre los adscritos a las masas saboteadoras se habla otro y se ponen en práctica fórmulas peligrosas. Ello crea ese positivo y elocuentes estado de inquietud civil, no sólo entre los núcleos capitales, sino también en los núcleos ciudadanos adheridos a las inspiraciones jurídicas que preconizaban los caudillos de la revolución.

Si lo de Sagunto, lo de Andalucía y lo de Berga fueran simples hechos aislados, sin conexión de ningún género con los atentados que se producen en otras partes de España, podría creerse que la alarma era injustificada. Podría creerse, también, que las directoras de la economía explotaban hábilmente sucesos inevitables en cualquier nación. Un solo atentado anarquista no es bastante para que pueda dictaminarse, diagnosticarse, que un país se halla abocado a una revolución. Pero una serie dilatada, y al parecer sistemática, organizada, de atentados contra la propiedad y la seguridad personal sí es indicio suficiente, creemos nosotros, para prevenir a cuantos estén dispuestos a defender su derecho y el derecho de la República contra las violencias y depredaciones que le amenazan.

Arturo P. FORISCOT



—¿Pero de dónde vienes de esa manera?
—De una conferencia sobre la Paz.

tencionado y con un talento superior, de grandes y puras idealidades, de un sano patriotismo elevado, pero debido a influencias muy difíciles de precisar, en cuanto se hizo cargo del Poder, todo su prestigio se vino abajo.

A todo esto Nakens, Castrovido, Sañillas, Lerroux, Soriano, Blasco Ibáñez, Claramunt y otros elementos revolucionarios activos, unos desde la tribuna y otros desde el periódico, iban aventando las prácticas y doctrinas democráticas.

Entre los obreros habían surgido también hombres como

Saavedra, Sola, Fernández, que si bien sus ideales anarquistas eran irrealizables, obraron en las masas como poderosos revulsivos.

Quizás nunca como en aquella época el descontento del pueblo español ha tenido una representación más nutrida en medio de la calle. Y quizás tampoco nunca como en aquella época, se ha presenciado un afán mayor de renovación. Desde entonces data la afición del obrero español a las lecturas políticas y sociales.

Una casa editorial de Valencia, cuyo nombre callo por va-

rios motivos, con una elogiable visión del momento por qué atravesaba España, lanzó al mercado, a precios reducidos, todas las grandes obras de política, sociología y filosofía, y raro era ver en las capitales a un obrero sin su libro bajo el brazo de aquellas ediciones baratísimas, que un formato especial las distinguía.

El pueblo español ya no creía en milagros y buscaba en los libros de ciencia la luz que aun no le había llegado de lo alto, tantos siglos esperada en vano.

A puñetazos con el abecedario, iba poco a poco arrancán-

dole a la vida su signo trágico y ahilando el espíritu de las cosas.

Los hombres que habían iniciado al pueblo en estas prácticas de estudio y razón, miraban hacia el porvenir confiados. España se había puesto en pie y empezaba a caminar con paso firme hacia la revolución. El pronóstico de Salisbury no era cierto. España no agonizaba. España vivía y seguiría viviendo. A pesar de llevar medio siglo gobernada por niños y mujeres.

Amadeo de la FUENTE

REPORTAJES DE "LA CALLE"

GENTE DE LAS RAMBLAS

ESPERA el simpático mozo de cuerda catalán tocado con la clásica barretina el cliente que le proporcione unas pesetas a cambio de transportar su "mundo" de un extremo a otro de la ciudad.

¿Criadas? ¿Estudiantes?

La actual crisis económica ha agudizado el ingenio de la gente en lo que se refiere a cambiar trastos de uno a otro domicilio.

Antes se podía decir que las sirvientas eran clientes asiduos de los mozos de cuerda. Hoy, cuando alguna muchacha se traslada de casa porque la señora no les da permiso los domingos nada más que hasta las ocho de la noche, o bien que no la permite bajar a la calle la media hora para charlas con el novio, se buscan una paisana y entre las dos cargan con el baúl por esas calles, ante la indiferencia de la gente.

No se sueltan hoy, así como así, siete u ocho pesetas que perciben estos hombres por dicho trabajo.

Los estudiantes, en quienes el mozo de cuerda encontraba siempre la forma de hacer un jornal, hoy, cuando se instalan en la casa de huéspedes han prescindido por completo del molesto baúl, o bien lo depositan en la casa de algún amigo de confianza.

El estudiante, cuyo equipaje consiste sólo en una maleta de doble fondo, puede dar el salto fácilmente a la patrona cuando la mensualidad de los padres ha ido a parar de manos del cartero a las blancas y pulidas de una "vedette" de cuarto orden.

También puede darse el caso de que la patrona se enamore de su huésped, cosa muy frecuente en nuestro barrio latino de la calle de Aribau, y entonces el estudiante ya no se tendrá que preocupar de nada.

Los mozos de cuerda tienen que luchar hoy con la competencia de taxímetros, camionetas y obreros sin trabajo. En Madrid, los hombres dedicados a este trabajo eran antes casi todos gallegos. Ya desaparecieron de las callejas y plazas sus siluetas de elefantes que adornaban la villa

Historia sentimental de un mozo de cuerda

matritense. Se fueron los nostálgicos gallegos porque la vida moderna los fué aislando, como ocurrió con los aguadores con los bueyes.

Ante la crisis de trabajo, muchos "cordeleros" de Barcelona se dedican a ser con-

pupilos la mensualidad por adelantado. Esto, para desgracia nuestra. Por ello, son poco frecuentes hoy los "desahucios".

Se animan los ojos de mi entrevistado al ofrecérsele un cigarrillo.



El mozo de cuerda catalán, sentado a la manera típica, espera...

fidentes de criadas de servir.

Escuchemos ahora la voz de este profesional.

—¿Usted cree que se puede vivir con llevar un baúl cada dos días?

—Yo no creo nada. Solamente le pregunto si se defiende...

—Ahora es imposible. Como se nota la falta de dinero en todas partes, se ve que también las patronas piden a sus

—A nosotros — continúa — quien nos proporciona más trabajo son los estudiantes y las sirvientas. También alguna que otra familia humilde agobiada que ha de llevar su máquina de coser o la cama a una casa de compra y venta. Casas que son un baldón para nuestra clase trabajadora; se cobra en ella réditos fantásticos. Estudiantes no se ven ya, y las chicas de servir,

para trasladar baúles, ya no necesitan a los mozos de cuerda...

—¿Entonces?...

—Depende de la seriedad y simpatía para con la parroquia. A mí me llaman "El Maciá"; dicen que me parezco al Presidente. Ahora que yo soy lerrouxista. Ya lo puede hecir en LA CALLE. Me llamo Isidoro Fontdevila Jarkes y soy nacido en la calle del Marqués del Duero.

El hombre menea la cabeza, da dos chupadas al cigarrillo y termina y termina por encogerse de hombros.

—Volvamos a lo apuntado anteriormente. ¿Decía usted, amigo Isidoro?...

—Pues que sirvo de confidente a las domésticas.

Las chicas me respetan por mis años y creen en lo que yo digo. Cuando alguna se va a colocar en una casa, viene a verme. Yo la informo de todo: costumbres, carácter de la señora, permisos de que disfrutará y también si hay buena "mesa". Un gran número esto es lo primero que me preguntan.

—¿Y cómo consigue usted los informes?

Fontdevila sonríe maliciosamente.

—Tengo un fichero en casa con todos los datos. Esto es fácil. Cuando una chica deja una casa por cualquier motivo se pasa por mi "despacho" y yo anoto. La Agencia envía sustituta; también la muchacha viene a verme y extendiendo el informe.

—Es usted un hombre de recursos. ¿Qué cobra por estos servicios?

—La voluntad, que no pasa nunca de un par de pesetas. Ahora busco un socio capitalista para montarlo en serio.

He invitado a "El Maciá" en un bar próximo y allí lo he dejado tan satisfecho de que se iba a hablar de él en LA CALLE.

Yo, cuando en un "taxi" me he dirigido a la Redacción del periódico para ordenar las notas, pensaba en las últimas palabras de Fontdevila: "...un socio capitalista para montarlo en serio".

Curiosísimo.

Luis Sáinz de Morales
Barcelona.

SILUETAS PARLAMENTARIAS

EL TRIUNFADOR DE LA SEMANA Y EL SEGUNDO ATENTADO A LAS CORTES

NO hay duda; esta semana el que ha triunfado en las Constituyentes es el jefe del Gobierno, don Manuel Azaña, ese hombre de hielo, que carece de tiroides y en su manera peculiar de desenvolverse encierra todos los métodos de la nueva etapa política española. Que Azaña es un formidable gobernante no tenemos nosotros que decirlo. Ya descubrieron esa cualidad los que siguieron su línea parlamentaria, con el fino instinto de las multitudes que difícilmente se equivoca. Político desde la verruga que adorna su cara hasta el filo de las botas, primero, en Guerra, supo destacar su personalidad con rasgos tan acusados que fué ya en aquellos momentos la revelación de la República; luego, en el Congreso, provocando con un discurso que entusiasmó a muchos, la primera crisis y su exaltación, y luego con los que han seguido en los que nada falta si se atiende el que escucha a la claridad y brillantez de las ideas, al orden de

la exposición y a la directriz de una conducta sostenida sin titubeos y dando el pecho al filo de las bayonetas.

Este elogio del presidente, el más caluroso que ha escrito mi ya un poco fatigada pluma, me rebasaba el ánimo. Yo, que en muchas ocasiones he dicho de Azaña lo que me parecía, digo hoy lo que dicho queda, sin que por ello deje de conocer sus defectos y señalarlos cuando la ocasión sea propicia, como ya lo hice con casi tanto contento como en este instante. Porque a mí me alegra trabajar y nada hay que me entretenga como hacer crítica si ella es política.

Ha pronunciado Azaña uno de sus discursos más justos, más equilibrados, al que sólo sobró una frase de ese agrio humorismo tan peculiar en don Manuel. Pero es defecto que no se borrará nunca, porque es acre por temperamento y gusta de la broma, a veces tan intelectual, que el que escucha se queda inmóvil, sin saber por dónde salir, o pro-

nuncia un ¡ah! prolongado si puede escudarse en el anonimato de una masa.

**

El resto del tiempo, el resto que nos ha dejado el comentario al discurso y el de los sucesos de todos los días, lo hemos dedicado a escuchar los debates sobre presupuestos. Cosa árida, que repugna a nuestro temperamento, pero que calificamos de una importancia colosal. En este asunto gravísimo nos atrevemos a decir que echamos de menos una sola cosa; un plan del ministro de Hacienda. Si supiéramos concretar nuestras ideas y nos atreviéramos a opinar en cuestiones de tanta dificultad, desarrollaríamos la idea que hemos apuntado. Nos parece, además, que en un país donde alcanzan gastos e ingresos a los cuatro mil millones, no puede hacerse un presupuesto en horas veinticuatro, que tanto significa esos plazos cortísimos que se dan a las Cortes para aprobar cada partida. A unas Cor-

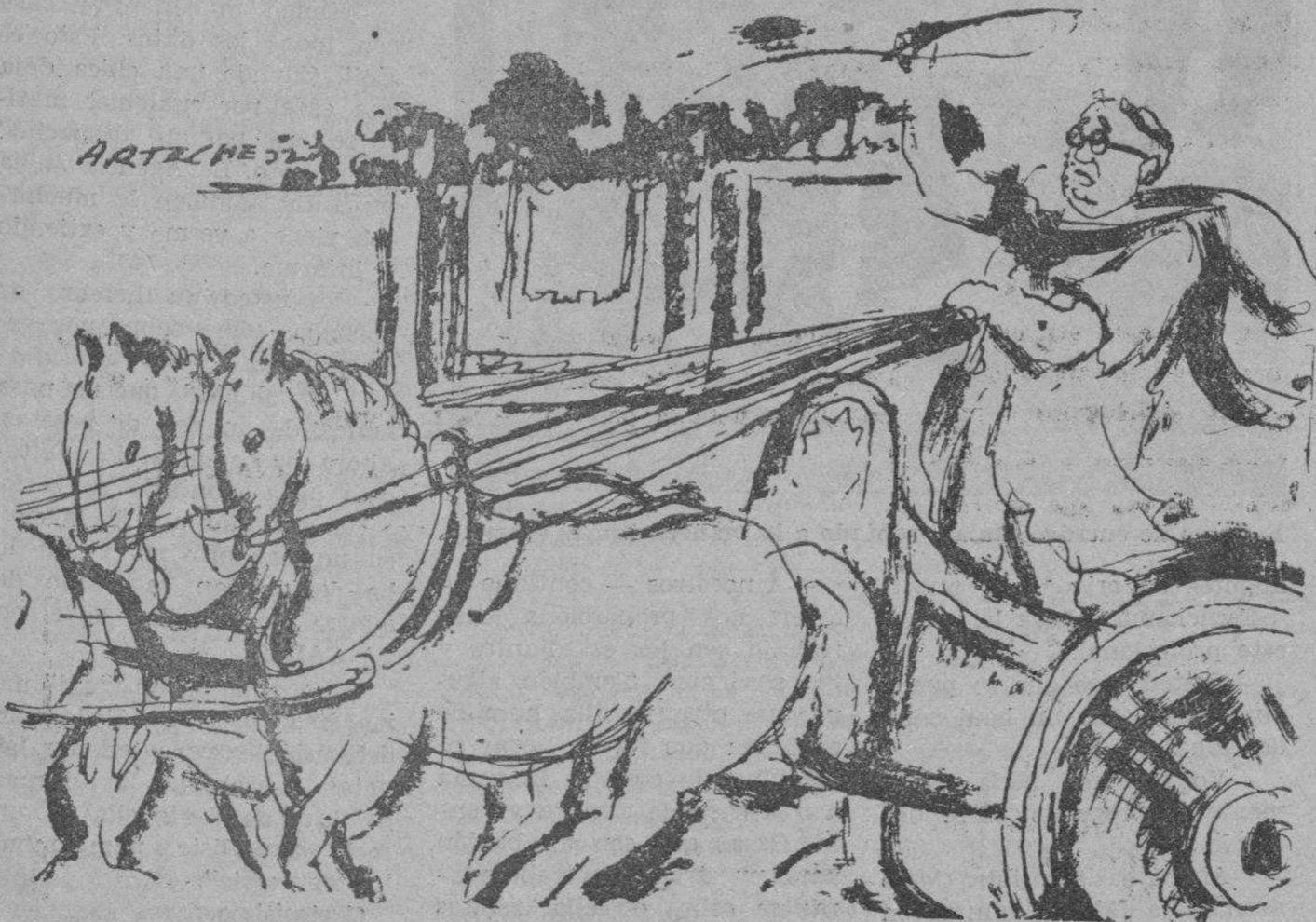


MORENO

tes, naturalmente, ajenas al número por la índole de su composición y su abolengo revolucionario.

Y nada más ha pasado hasta este domingo de marzo, en el que el sol ha roto el cielo bajo y gris de un invierno larguísimo. Sí, ha pasado. Y algo de poca publicidad, a pesar de su importancia. Somos nosotros los primeros que lo hacemos público.

Un periodista ha cometido el segundo atentado a las Cortes. Atentadillo, diríamos mejor. Fué Moreno, el redactor de "Heraldo de Madrid", muchacho de una juventud nerviosa que le obliga a ir por delante de los demás. Moreno es izquierdista porque lo siente y porque van quedando pocos que lo sean sinceros, y yo creo que pensó que alguien había caminado más a velocidad que él al tirar la



AZANA



ISIDORO VERGARA

CONTRADICCIÓN PALMARIA

OBSTÁCULOS ANTILERROUXISTAS

ES apenas comprensible la forma que tienen de actuar, en ocasiones, determinados partidos políticos. La contradicción en ellos es palmaria.

Desde el partido Socialista hasta el Agrario han reconocido que una de las causas primordiales de la situación, un tanto agobiadora, de la carencia de trabajo y depreciación de nuestra moneda, consiste en la huida y retraimiento de capitales españoles y en la falta de confianza, que aún subsiste, respecto a la acción del Gobierno y legislativa de las Cortes.

Siendo ministro de Hacienda el señor Prieto, dolíase en la Cámara de que las clases capitalistas hubiesen hecho emigrar su dinero y cerrado su bolsa, boicoteando con tan insensato proceder a la República.

Los representantes de otras fracciones políticas se han expresado en idéntico sentido, con ligeras variantes, y algunos de ellos llegaron a determinar cuáles leyes, de las no promulgadas aún, como, por ejemplo, la Agraria, ocasionan recelos y temores.

Otros jefes de minorías hacen derivar la falta de interior satisfacción del país en la cuestión de orden público, que repercute, por especulación, en los mercados de valores extranjeros.

Todas estas manifestaciones expresadas en las Cortes convergen en un punto: "retraimiento del capital en los negocios y en la producción". Luego, si esto es así, la acción lógica a desarrollar habrá de ser la de inspirar a los retraídos la confianza que perdieron.

Lerroux, con un conocimiento exacto del complejo problema, llama en sus discursos de Madrid y del Ritz a esos retraídos y desconfiados. Les tiende los brazos y les invita a colaborar en la acción política, sin modificar en nada el programa del partido radical, al objeto de restablecer el equilibrio ponderándole. Que el ánimo público adquiriera de nuevo serenidad de juicio y un proceder adecuado a esa serenidad. Todo ello en bien de los diversos factores y clases sociales que integran la República, y de que se llegue otra vez a la normal ordenación de la producción y el trabajo, que es, en suma, el desarrollo gradual de la riqueza tanto colectiva como individual.

A los extremis y a los que tienen un concepto atávico del Estado, les dice Lerroux que cuando sea Poder no obstaculizará la propaganda de los ideales políticos, sociológicos o reli-

 piedra protestaria al banco azul. Entonces, en un movimiento incontenible, dejó resbalar desde la tribuna la pinza que sujetaba sus cuartillas y por poco no escalabra a Lluhi. Un momento de estupor, unos instantes de duda y luego las risas obligadas, mientras el ujier galoneado se acerca a reclamar el trasto que algunos diputados guardaban afectuosos.

No tiene importancia la cosa, pero si se ha dado tanta

al primer objeto que cayó al hemicycle, justo es que demos alguna al segundo, al menos para que nuestro camarada Moreno rabie un poco. Sí; porque él es de esos periodistas de verdad que nunca firman y son los que hacen y sostienen los periódicos. Pongamos su firma debajo de la pinza que se arrojó a las Cortes. Y la nuestra aquí, para que no vaya solo.

Luis de ARMIÑAN

giosos, dentro, claro está, de las normas jurídicas que la Constitución estatuye; y que serán sometidos a las leyes cuantos las vulneren o a ellas faltaren.

Busca Lerroux, para situarse y gobernar (como el mejor preparado de nuestros políticos), el punto equidistante de los extremos o fracciones de la Cámara.

Sabe que la Naturaleza, en su acción biológica, no procede nunca por saltos al crear sus variadísimas formas, dentro de la unidad de un todo orgánico, y que el hombre de equilibrado cerebro no debe hacer otra cosa que seguir el movimiento uniformemente acelerado de los hechos sociales, no pretendiendo oponerse a ninguno de los fenómenos de la Naturaleza, porque en cuanto intenta apartarse de esos fenómenos o desviar las leyes naturales surge el cataclismo, que en la denominación específica de la política es la revolución cruenta.

Pues bien, si Lerroux quiere buscar la normalidad para seguir dentro de ella la evolución progresiva, sin trastornos ni fieros males, y pretende que coadyuven a esa normalidad los que por diversos motivos se han desplazado, ¿cómo es comprensible que determinados partidos políticos amenacen con impedirle gobernar, en un alegato de justificaciones absurdas, cual la de que busca el apoyo y consorcio del elemento rico, suponiendo que va a favorecerlo, cuando precisamente habrán de ser los ricos los que tendrán que llevar parte de sus rendimientos al acervo común y contribuir así al mejoramiento y bienestar de todos?

La contradicción de los que intentan oponerse a que Lerroux gobierne es notoriamente palmaria, como hemos dicho al comienzo de este artículo, ya que reconocen que la miseria que se percibe y la paralización de ciertas actividades proviene de que una gran masa de dinero no afluye ni circula por los cauces nacionales.

Si esos elementos opositoristas carecen, por espíritu de doctrina o escuela, de virtualidad suficiente para atraerse a los que, por acción u omisión, dañan a la República, dejen libertad al caudillo radical, que supo colocarse en el epicentro de fuerzas ideológicas, entre sí opuestas, a fin de constituir un gran núcleo que haga viable y consolide para siempre un régimen por el que tantas amarguras, tantos dolores y tan cruentos sacrificios ha sufrido España.

Reflexionen con alteza de miras los que deban hacerlo y den de lado al personalismo o al partidismo, propios de la antigua y nefasta política de la monarquía.

Ricardo GARCIA PRIETO

SE honra este número de LA CALLE reproduciendo el artículo publicado en "El Día Gráfico", de Barcelona, por una ilustre personalidad política de Cataluña: don Juan Pich y Pon.

Unidos por lazos de inquebrantable amistad y afecto al señor Pich, nos limitamos a dar el trabajo en nuestras columnas sin hacer por cuenta nuestra comentario alguno, que, por otra parte, es innecesario.

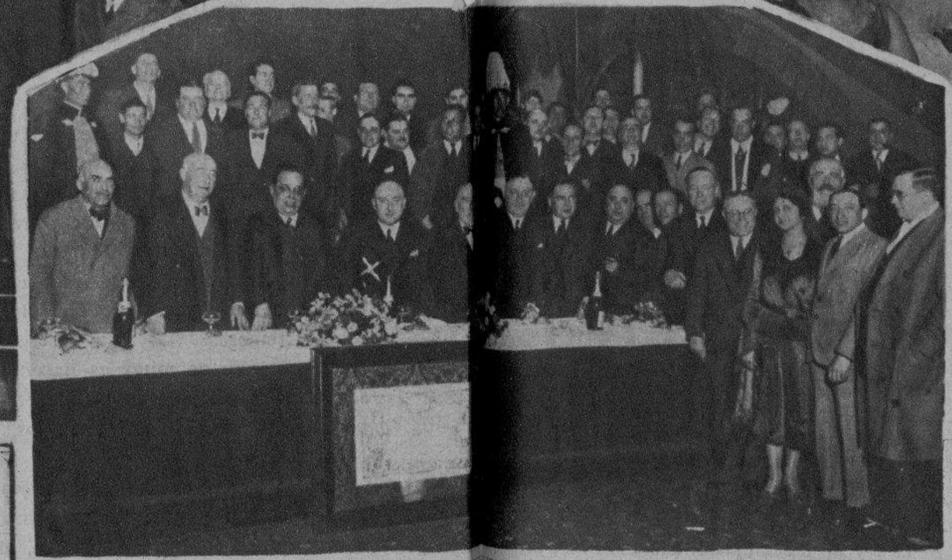
Notas
gráficas
e
actualidad
nacional



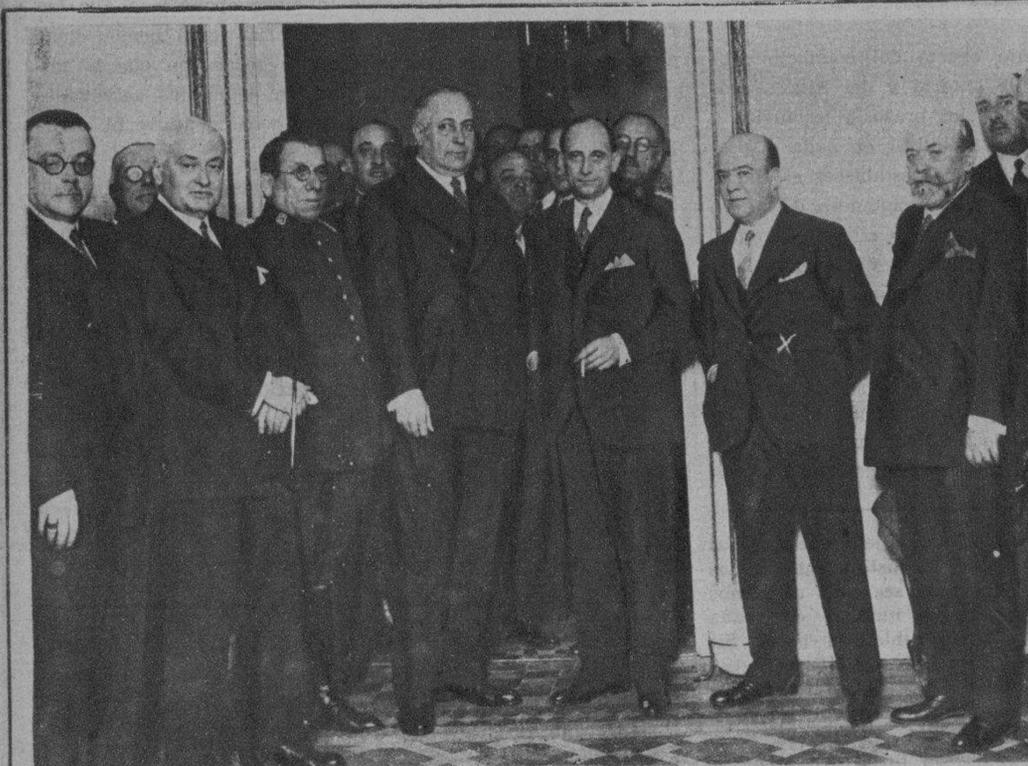
Madrid.—Don Alejandro Lerroux, rodeado de los concurrentes al banquete que le ofreció la «Juventud Radical», para celebrar el éxito de sus últimos discursos (Fot. Vidal)



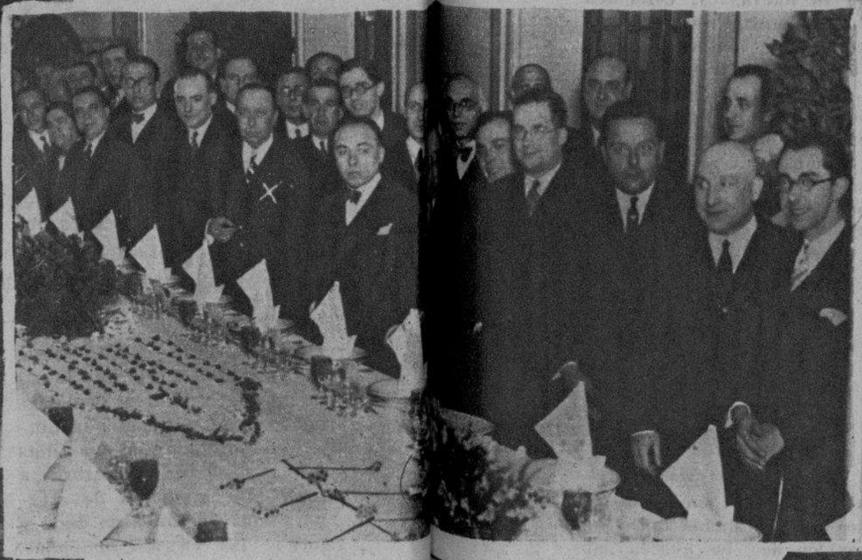
La bellísima señorita María Salcedo, elegida Reina de Belleza por la Casa Valencia, de Barcelona, con su Corte de Amor, y acompañada, también, de Teresita Daniel, «Miss España». — (Fot. Merletti)



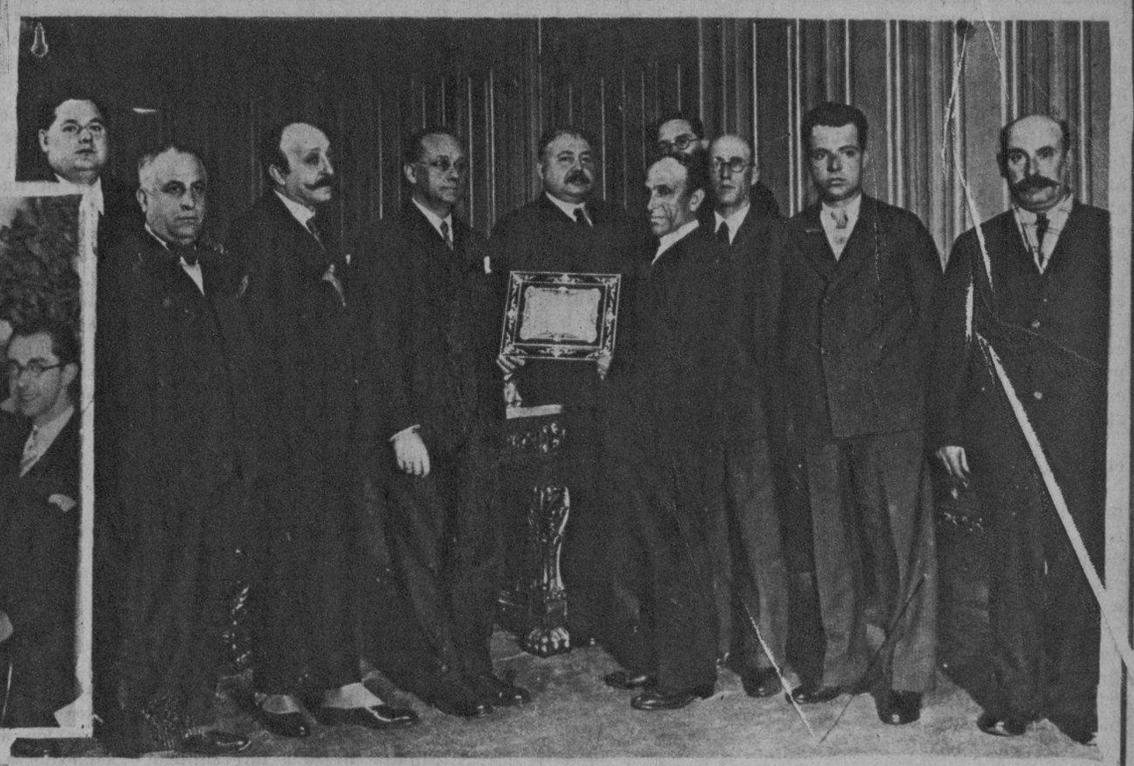
Presidencia del homenaje tributado al teniente alcalde del Ayuntamiento de Barcelona, don Jesús Ullé, por su acertada gestión al frente de dicho cargo.—(Fot. Merletti)



Madrid.—Toma de posesión del nuevo Director general de Seguridad, señor Menéndez (X), con asistencia del ministro de la Gobernación. — (Fot. Piortiz)



Banquete con que fué obsequiado por los periodistas barceloneses, su destacado compañero, el señor Palou Gal... — (Fot. Mateo)



Madrid.—El Cuerpo de auxiliares de servicios técnicos de los Arsenales, agradecido a la creación del mismo, hace entrega de una placa de homenaje al ministro de Marina, señor Giral. — (Fot. Piortiz)

la calle de la amargura



EL ilustre filósofo y no menos ilustre diputado presidente de la minoría parlamentaria llamada «Al servicio de la República» ha abandonado paulatinamente y sigilosamente su escaño de la Cámara.

El suave callado apartamiento de don José Ortega y Gasset ha sido atentamente observado por los cavernícolas que han encontrado en él una desmedida y alborozada alegría para sus negras pajarillas.

Cierto sector de prensa que se distingue precisamente por su acendrado amor a la libertad (a la libertad de Prensa) se ha apresurado a dar la campanada del abandonismo del señor Ortega, campanada que dicho señor tenía, al parecer, el propósito de que no sonara por lo que se abstuvo de renunciar oficialmente al acta.

Pero el señor Ortega no contaba, sin duda, con que España es aún un país lleno de campanarios en el que la opinión propia es rápidamente acaparada por unos u otros para sus conveniencias políticas y para sus persistentes campañas derrotistas conocidas comúnmente en nuestros tiempos de democracia y libertad con el denominativo de «agrarias».

Afortunadamente parece que el ilustre don José rectificando el propósito que se le atribuía, ha asistido recientemente a una sesión de la Cámara a fin de desvirtuar el «ruido de campanas» y de restar alegría a esas pajarillas negras de la reacción o quizás ha recordado en su torre de marfil aquellas sus propias y famosas palabras: «Tres cosas hay que no pueden hacerse en estas Cortes: El divo, el payaso y el jabalí».

**

Además, sería insensato juzgar la elevación de tono y festernal camaradería con que

se desenvuelve la vida parlamentaria que no merece ni con mucho el desprecio de nadie por muy ilustre que sea. Ese legislar y discutir a la luz del día y a la vista del pueblo soberano, de que es buena muestra este recorte del «Diario de Sesiones» que brindamos al lector, es de una inapreciable sinceridad.

Discutiase apasionadamente la enajenación por el Estado de los bienes del Real Patrimonio. El diputado señor García Gallego hacía una elocuente apología de la propiedad privada; apología que se vió constante y sañudamente interrumpida. ¿Por quién había de ser? Por el interruptor sistemático de estas primeras Cortes de la segunda República, por el diputado señor Pérez Madrigal, de la minoría Radical Socialista, a la cual pertenece también el señor Barnés que presidía en aquellos momentos la sesión.

Ante la natural indignación (general y nacionalmente compartida) del señor García Gallego por las constantes interrupciones del señor Madrigal terció conciliador el señor Barnés diciendo: «No haga caso su señoría del señor Pérez Madrigal...» Estas palabras textuales pronunciadas desde la presidencia de la Cámara, demuestran sobradamente hasta qué punto es injusto enfadarse en serio y querer apartarse de ellas con las pajarillas tristes y cabizbajas...

**



Norte América acaba de dar un alto ejemplo de civismo, patriotismo y optimismo, que

todo viene a ser lo mismo, a los alarmistas y derrotistas españoles que son unos truquistas a quienes no hay que perder de vista.

El reciente y comentadísimo rapto del hijito de Lindberg acaba de establecer un sugerente parangón entre la serenidad flemática de los yanquis y la temerosidad pueril de nuestros acomodados alarmistas.

Al leer este sensacional suceso que ha conmovido al mundo entero se habrán preguntado todos los españoles de sentido común, que desdichadamente van quedando en minoría poco respetada: ¿qué habría pasado si en España hu-



quiera ocurrido un caso de bandidaje parecido? Es horroroso pensar el alcance moral de esta pregunta. Nuestros cacareados imponderables hubieran sufrido, sin duda, un quebranto imponderable a su vez y nuestra sufrida plutocracia hubiera puesto el grito en el cielo culpando de ello al nuevo régimen y a sus dirigentes; y, en fin, la peseta habría bajado de tal modo, que la cotización habría tenido que hacerse regalando globos a los compradores.

Pero esto, con ser materialmente lo más sensible, no es ni con mucho lo más ejemplar del caso; lo grande y lo verdaderamente ejemplar es ese rasgo del famoso bandido de Chicago, Al Capone, que, encontrándose preso e imposibilitado de cooperar a la busca del hijo de Lindberg, ha ofrecido diez mil dólares de su peculio particular (y tan particular), a quien logre encontrar a la



desdichada criatura. Esto sí que hay pocas, poquísimas, por no decir ninguna, personas que lo hagan en España, en esta España que vió nacer al famoso José María, aquel bandido generoso «que a los ricos robaba y a los pobres socorría... Y no se nos argumente que en España no hay Al Capones... Porque sería pueril.

**

La ley de incompatibilidades (Dios la bendiga) está apasionando muy justamente a la opinión que tiene verdadera sed de austeridad y de ética política.

Casi todas las minorías parlamentarias reunidas expresamente para acordar su actitud ante la nueva ley, coinciden en considerarla necesaria... e inaplazable y aun va más allá el unánime sentir parlamentario, que harto ya de ser perseguido y calumniado con el eterno y tópico argumento de los enchufes desea adelantándose al deseo popular y al ruín saber y entender de los derrotistas para que su aplicación



sea fulminante para que no deje lugar a dudas la buena intención de los que la han sometido a la consideración y discusión de la Cámara.

Si todo ello se logra, se desvanecerán rápidamente las esperanzas de patriotas acaparadores de la patriota era que

EL AGRICULTOR Y LA POLITICA

EL hombre del campo goza de típicas características que lo diferencian del hombre de la ciudad cual corresponde a la diferencia de medio, de ambiente, de vida; pero acaso la más acentuada es su apoliticismo. Es hermético para la política, impermeable a sus idealismos y esto no es conveniente ni sensato.

Es un enamorado de la tierra con la que se desposó para fecundarla con trabajo milenar y racial de antepasados y descendientes; y este amor se deleita encerrándose en sí mismo, sin concomitancias con lo demás, hasta el punto absurdo de olvidar la defensa del bien amado y sin tener en cuenta que la política, en su más noble sentido, encierra y cifra la defensa de cuanto nos es útil y agradable en la vida.

Cuando el agricultor hace política, es ésta pequeña, local, de bajo vuelo. Está tan apegado a la tierra que no puede abarcar amplios horizontes. Su política es el pueblecillo, la aldea o el predio: como la otra es la ciudad, la región, la nación o el mundo.

Companys en Cataluña ha planteado en su completa desnudez ruda y fuerte el problema general agrario y detallado con las correspondientes campañas, los numerosos aspectos que lo integran, de los que indudablemente es el fundamental el apoliticismo.

quieren ver deshonrada a la República y envilecido su ambiente a costa de todo y para el retorno de toda la ignominia que ellos representan tan descaradamente.

Si se sigue por el camino emprendido, con esta ley la República será bendecida hasta en los altares. Que ya es decir.

En el reciente mítin dado en Barcelona por los elementos de la Alianza de Izquierdas, una voz del público interrumpió al comandante Franco con la siguiente pregunta:

—Pero vosotros ¿no nos engañaréis como los otros...?

Dejamos al lector en libertad para interpretar el sentido de la pregunta y para que deduzca con su discreto juicio a quien o a quienes se refiere la desconfiada voz del pueblo. Nosotros preferimos no entrar en tan delicadas conjeturas.

CIRINEO

Ya que la política es la ordenadora de la vida nacional y los fenómenos que a dicha vida corresponden, repercuten hasta en los individuos aislados, es indispensable seguir proyectando sobre los campos, potentes focos de luz que hagan ver claro a nuestros agricultores.

La agricultura, con sus complejos intereses, con sus numerosos problemas, con la enorme variedad de sus circunstancias, constituye la inmensa mayoría de España, tanto en número de españoles como en cuantía de riqueza. Es por eso que la función política, como ordenación de la vida nacional, debiera tener en cuenta los importantísimos in-

tereses agrarios y la voluntad de los agricultores. ¿Sucede así? No, porque los hombres del agro por su apoliticismo, no intervienen en la vida política para defender, al mismo tiempo que ideales que no tienen pero que debieran tener, intereses que representan la mayor parte de la economía nacional.

Ellos no los ven porque no miran desde arriba: piensan que lo mismo dá un programa político que otro, mientras llueva a tiempo y no hiele en primavera: no tienen en cuenta que por la interdependencia económica y social cada día más imperiosa, todo influye en todo.

El sesenta y cinco por cien-

to de depreciación que padece la peseta representa una pérdida igual para él en cuanto compre abonos o maquinaria extranjeros: en el dinero que guarde en casa o en la Caja de Ahorros. Los aranceles encarecen su vida, el traje que compra, el calzado, todo cuanto él no produce. Y a nuestros aranceles responden las otras naciones con los suyos que deprecian cuanto el campesino produce: vino, aceite, almendras, frutas, etc.

El Estatuto ferroviario, según sus cláusulas, aumentará o disminuirá la remuneración del trabajo del agricultor, abaratando o encareciendo su transporte.

Pero hay otros intereses no crematísticos dignos también de estima: los intereses morales vinculados en los derechos y deberes de todo ciudadano. Si la inmensa mayoría de España es agraria, por dignidad de los agricultores, deben éstos recabar la intervención a que su número da derecho.

Es deprimente ver el atraso político de nuestros campos, en los que solamente exiguas minorías se ocupan de la cosa pública y con miras restringidas por un localismo exagerado.

La vida nacional debe ser organizada cual corresponde a un país esencialmente agrario y esto solo puede ser alcanzado cuando los campesinos se incorporen al movimiento político: cuando sientan las inquietudes de los idealismos: cuando sepan imponer su voluntad para resolver los dolorosos problemas que les afectan: cuando se aúnen para acabar con la máxima injusticia de la organización social actual.

Enrique JAVEGA



¿DICTADURA?...

¿Dictadura?...

¿Qué locura!...

(¡Este Gil no tiene cura!)

¿Dictadura en esta España varonil,

que nació en el otro abril?...

¡Tal no se le ocurre a Azaña!...

(¡Aunque se le ocurra a Gil!)

¿Dictadura?... ¿Tiene gracia!...

¡No está el horno!...

¡Hace falta mucha audacia

para hablar de tal bochorio!

Pero ¿quién ha hablado de

¿Por ventura, [eso?...

los «pasillos del Congreso»

de algún «quidam»?... Cara

[dura.

¡Nos la van a dar con queso!...

«Amos», anda!... ¡¡Dictadura!'

Fué «la voz de la caverna»;

fué la eterna

serenata; viejo dúo

de la lechuga y el buho...

¿Fué «la voz de la caverna»?...

¿Fué ademán de mozo «crúo»?

Pues ¡con él a la cisterna!

Y si no, ¡garrote vil

para Gil!

¡Dictadura!

¡¡qué ricura!...

¡¡«Amos», quita; so «asaúra»!!!

EL LOCO CANTOR

la calle

Boletín de suscripción

D. que vive en

calle de pueblo de

provincia de se suscribe por

a la calle.

Firma

Remítase este Boletín a la Administración de LA CALLE, Pl. Cataluña, 9.—BARCELONA

ARISTIDES BRIAND, EL HOMBRE DE LA PAZ



«... Mis manos blancas no se han manchado nunca de sangre...»

un cierto bohemio en su interior...

Luego regresa a Saint Nazaire, donde vive diez años. Allí se hace periodista e impresor. "La Democratie de l'Ouest" publica sus artículos con el seudónimo de "Nihil" y en una querrela que presentan contra el director de su periódico obtiene un triunfo tan completo al defenderlo, que obliga a capitular a un famoso abogado de la época. Otros procesos famosos elevan su categoría de jurista.

Briand vuelve a París. Son los tiempos de Ferry, del "Boulangisme", del escándalo Grevy, de la "Rerum Novarum", del "affaire" Dreyfus y del "J'accuse", de Zola. Socialista, milita con Jaurés, con quien está en plena comunicación de ideas. "Ni una gota de sangre" es su divisa frente a los "rojos" del partido que quieren llevar el socialismo al Poder por la revolución. Frente a éstos, el "socialismo parlamentario" es su táctica y es la que desarrolla e impulsa luego como secretario general del Partido Socialista Francés.

Va a empezar su vida parlamentaria, que ya no abandonará más.

La Federación Socialista del Loira le elige diputado en 1902. En el Parlamento se hacen famosos sus discursos de defensa del proletariado y la Cámara se ha hecho suya.

En 1906, Aristides Briand es llamado por primera vez al Consejo de ministros de Francia. Sarrien le ofrece la cartera de Instrucción Pública y Cultos y el nuevo ministro tiene que aplicar, y lo hará con el espíritu más conciliatorio, la Ley de separación de la Iglesia y el Estado.

Es ministro luego con Clemenceau, quien le llama "Jesuocrísto". Y a la caída del Tigre, Briand forma su primer Ministerio. Durante él se produce el hecho que más se le ha reprochado en su vida política: la militarización de los ferroviarios franceses. Una mayoría heterogénea de socialistas en la Cámara coincide con una grave agitación obrera. Se presiente una tormenta. Los ferroviarios se declaran en huelga y la expec-

tación en Francia es enorme. Se teme el golpe de Estado. Briand no vacila; antes Francia que nada y acuerda la movilización de los ferroviarios. Su gesto salva la situación y el peligro. Pero en la Cámara tiene que escuchar todos los insultos de los socialistas. "¡Traidor!", "¡apóstata!", le gritan en medio de sesiones escandalosas. Ante esta situación, Briand dimite su primer Ministerio en noviembre de 1910.

Viene la tragedia europea y Briand asimila el ambiente y es francés antes que nada.

Como ministro, se opone durante la invasión alemana al abandono de París por el Gobierno. Tiene visiones de carácter estratégico que le hacen ver más claras ciertas situaciones que a los mismos generales. Entre ellas, su oposición al desembarco de los Dardanelos. Su gran idea en la guerra es la "unidad de frente", que no se cansa de preconizar. Pero la guerra le horroriza y, como presidente del Consejo de ministros, toma parte en ciertas gestiones que se inician hacia 1917 para una paz por separado con Austria y, más tarde, una paz con Alemania, sin vencedores ni vencidos. Pero Ribot hace fracasar las gestiones y derriba el Ministerio. Viene Clemenceau, que grita: "¡Yo hago la guerra!" Y es la guerra hasta el fin...

El triunfo coloca a Clemenceau en la cúspide de su gloria y Briand, que representaba el espíritu pacifista y conciliatorio, es alejado de las negociaciones de paz y del Tratado de Versalles que se hace como el "Vae Victis"...

Después, y tras un eclipse de varios años, surge de nuevo Briand, el hombre del sentido humano, del espíritu de conciliación, y empieza la tarea formidable de la reconstrucción de Europa; de la pacificación espiritual de los hombres, del "horror a la sangre vertida", de las palabras santas. La paz no puede surgir más que de la paz, no de la preocupación de la guerra, dice. Briand da a la Sociedad de las Naciones, que había pedido ya en 1916, su verdadera orientación, y cuan-

do encuentra en Austen Chamberlain y en Stresseman espíritus afines, un bálsamo parece dulcificar el irritante espíritu de reivindicaciones. Su obra es el ingreso de Alemania en la Sociedad de las Naciones y el espíritu de Locarno, que parece alejar el espectro de la guerra para siempre.

De nuevo Francia corre temporales. El franco se hunde. Uno tras otros, los ministros de Hacienda y los Ministerios son derribados ante la baja incontenible de la divisa francesa. Briand intenta el esfuerzo. Se une con Calloix y solicitan medidas de carácter excepcional, pero la Cámara se las niega. Hay nuevo Ministerio Herriot, que dura veinticuatro horas, y Briand va a donde se le considera insustituible, a los Negocios Extranjeros, y al mismo sitio con Poincaré, para salvar el franco, que al fin es contenido en su caída.

Briand es ya un símbolo; es un estado de espíritu que hace que se le considere como el "hombre de la Paz", y así su frase famosa "mientras yo esté aquí no habrá guerra"; es el hombre que inspira confianza y al que se le sabe leal, sin dobleces en sus palabras. Con los Gobiernos de Tardieu, Chautemps, Steeg, Laval, no hay que dudar ni siquiera a donde es llamado Briand; el Quai d'Orsay se ha convertido en una idea más que un ministerio.

Briand lleva a la política exterior de Francia un rumbo nuevo. Es el inspirador de las Conferencias navales y de armamentos, de donde surgen las treguas y "vacaciones" en la construcción de escuadras y ejércitos.

Y por un momento es tanta la concordia entre los pueblos que el Pacto Kellog no encuentra oposición ninguna y, rebautizado con el nombre de Briand-Kellog, es firmado solemnemente. La guerra se había declarado fuera de la ley.

Los últimos tiempos, faltos de su fiel colaborador Stresseman, han iniciado un enrarecimiento en la política europea pacifista. Alemania siente la carga abrumadora de Versalles; avanza Hitler y Francia se repliega hacia las derechas conservadoras. Se hace una política de realismo

HA muerto Briand, el hombre del ramo de olivo para todos los pueblos; el político del "espíritu de Locarno" que por un momento hizo nacer en el mundo la esperanza mística de que la paz era un hecho, consumado para siempre más. De que la pesadilla de la guerra se había disipado y que a los estados mayores y a los cañones sustituirían los juristas y los tratados; el imperio de la Ley a los furios bélicos...

Era bretón, de Nantes, conciudadano del famoso Cambonne, el de la frase célebre "la Guardia muere, pero no se rinde...". Había nacido en 1862 y estudió una parte de su carrera de Derecho en la Facultad bretona; pero al Briand inquieto le atraía París; la lucha, la política y en París cursa sus últimos estudios. El Barrio Latino es fecundo en ideas; aprende allí a observar, a vivir. Sus veinticinco años coinciden con los tiempos en que las tendencias socialistas reprimidas por las épocas que han seguido a la "Commune" empiezan a revivir y a hacer prosélitos. Los sindicatos obreros son autorizados de nuevo; empieza a leerse a Tolstoy e Ibsen y el joven Briand recoge de todo este foco una formación ideológica de reivindicaciones obreras que será para siempre el poso de su vida política.

No sólo los medios proletarios son frecuentados por Briand. También las peñas de los artistas, músicos, literatos, pintores...; la bohemia forma un buen porcentaje de sus amistades, así llevará él también durante toda la vida

EN EL MENTIDERO

DIAS atrás, en el café de Platerías y en una peña que preside el culto literato José Joaquín Estrada, uno de los contertulios leía en un diario de la noche lo siguiente: "Un Decreto: Se autoriza la exportación de la patata..."

Y otro de los contertulios, llamado don Ventura, el hombre más pintoresco de la creación, dijo:

—Pues muchos de los que votaron en las elecciones generales de julio preguntan cuándo se autoriza la exportación de calabazas...

FELICITANDO A UN CATARRO

El pintoresco doctor Albiñana comenzaba días atrás en "La Nación" una de esas cosas que él llama pomposamente artículo, en la siguiente forma:

"Un catarrazo insolente, efecto de esta temperatura siberiana, ha retrasado esta semana mi comunicación con los amables lectores..."

Y un grupo de éstos—comentaba un autor cómico en su tertulia del "Gato Negro"—se apresuró a escribir al insolente catarro felicitándole, porque había hecho con el referido doctor lo que no hicieron las autoridades cuando le enviaron a la cárcel: tenerle incomunicado.

CIERTO QUE EL FRIO ES CONGELANTE

Por cierto que le sobra razón al acatarrado y estornudante legionario al decir que el tiempo que disfrutamos es siberiano...

Tanto es así, que tan pronto como el insolente catarro le dejó en libertad, lo primero que hizo fué dirigir sus pisadas a la Redacción de dicho diario, viudo de doña U. P....

Abrió la puerta, y al ver a los redactores que, preocupados por la inspiración del trabajo, laboraban tranquilamente sin sentir frío alguno, exclamó:

—¡Pero señores, si hace un frío soberano!

Los redactores alzaron la cabeza e inmediatamente se abrocharon...

LO QUE ESTA LEYENDO EL SEÑOR AZAÑA

Al terminar la sesión del miércoles día 2, en la que se discutió apasionadamente el proyecto de ley presentado por el señor Azaña sobre la aplicación de la ley de Defensa de la República a los militares retirados, se formaron varios grupos

y Laval decide substituir a Briand. De ahí a su muerte, un paso.

Briand, un símbolo. Por un momento había volado por Europa una blanca paloma de esperanza que se posaba.

Briand había llevado a la política francesa el amor a los hombres que guardaba en su corazón de socialista. Su amor humano le hacía desear para todos una concordia espiritual más fuerte aún que la material y al socialismo francés le dió el sentido realista de las cosas; le substituyó el demagógico por el parlamentario. Gran parte de la educación de las masas

proletarias francesas se le debe a él, que las educó en el amor a la democracia.

Europa le dió el Premio Nobel de la Paz, junto a Stressemann y a Chamberlain. Francia le negó el laurel de la Presidencia de su República. Igual que, años antes, se lo negó a Clemenceau, el hombre de la Guerra, no ha querido hoy que el hombre de la Paz fuera al Eliseo; le ha negado el galardón supremo. Como Silla, "que hace a los hombres y los deshace", Francia encumbra a los hombres y los rechaza.

Ernesto SCHOP

en los pasillos, comentando las incidencias del debate y el discurso del ministro de la Guerra.

En uno de estos grupos formado por diputados de la minoría radical, el señor Martínez Barrios decía:

—El discurso de Azaña ha sido molesto para la Cámara, más por el tono que por las ideas y razonamientos...

—¡No es extraño—agregó otro de los diputados—. Es que el ministro de la Guerra está leyendo ahora la vida y hazañas de Napoleón...

EL MORRION DE ROYO VILLANOVA

En este debate hizo una gran oposición al citado proyecto el diputado aragonés señor Royo Villanova, quien en diferentes momentos afirmó que era el más liberal de la Cámara y evocó la figura de Sagasta.

Luego, en los pasillos, Basilio Alvarez dijo al señor Royo en tono cariñoso:

—Vamos, don Antonio, con su discurso de esta tarde se ha puesto usted el morrión sagastino.

—Sí—agregó Pérez Madrigal, que acompañaba al abate de Beiro—. Como en ese discurso ha dado varios pasos hacia la República, tenemos que quitarle el morrión y ponerle el gorro...

¡CUIDADO CON LAS ERRATAS!

La pasada semana, un periódico de provincias, al dar cuenta a sus lectores del viaje de Clara Campoamor a la capital de Francia para asistir al mitin organizado por la Liga de los Derechos del Hombre, puso este título a dicho suelto:

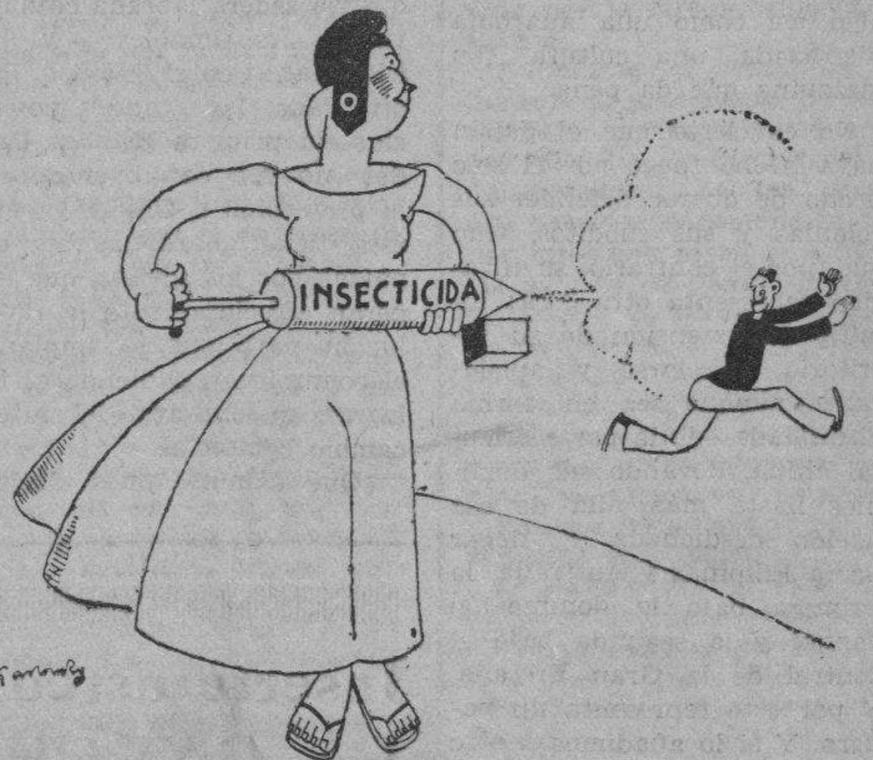
"LA SEÑORITA CAMPOAMOR VA A PARIR..."

Y una de sus admiradoras, al ver la errata, dijo:

—¡Pues como ella se entere, al que va a poner a parir va a ser al que ha compuesto ese título!

J. L. B.

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118



RESPUESTA A UN MANIFIESTO

DIAS DE INQUIETUD

¡INVIERNO, INFIERNO!

POBRE mundo! ¿Hacia dónde va? ¿Hacia su purificación o hacia su ruina? ¡Difícil es decirlo!

Puntualicemos.

Este invierno ha sido y es un infierno, un quebradero de cabezas, un crisol donde se han fundido algunas aspiraciones y han brotado de él ideales de redención, de progreso, de emancipación social...

Hemos entrado hace poco en el año 1932. ¿Qué nos reserva este año? Fácil es adivinarlo. El resurgimiento de alguna nación y la caída estrepitosa de alguna otra.

En conflicto chino-japonés se ha generalizado en una nueva guerra que, a juzgar por lo que se avecina, se convertirán estas hostilidades orientales en una hecatombe mundial. Porque mientras las grandes potencias quedan impasibles viendo cómo la invasión japonesa arrasa poblados chinos, el Gobierno soviético protege a estos últimos—moral y materialmente—alentándoles para que no se vengzan.

Aquí hay dos puntos ideológicos contrarios. El sistema político japonés es de puro imperialismo, saturado de gran potencia militarista y capitalista, de opresión y absolutismo, mientras que en China es todo al revés. Allí casi no existe Poder; reina algo así como una anarquía disfrazada, una cultura tan mezquina que da pena.

No es cierto que el Japón haya hecho fuego por el solo hecho de querer defender sus colonias y sus súbditos, sino que, por el contrario, su invasión representa otra cosa: ilimitar la extensión de su territorio, mezclarse y apoderarse—aunque sea en forma disimulada—de la parte oriental china, llevando sus dominios hasta más allá de esa nación desdichada y llegar hasta Filipinas y Australia, la primera bajo la dominación yanqui y la segunda bajo el control de la Gran Bretaña. Y por esto representa un peligro. Y si lo añadimos a otro mucho peor que es—como se sabe—que en China existe una gran fuerza comunista,

que, en caso de no destruirla, estallaría una gran revolución que perjudicaría, no precisamente a los nipones, sino a todas las grandes potencias capitalistas mundiales.

Y esto se trata de evitar. Pero la realidad tiene más fuerza que la realeza, como dijo Sánchez Guerra al Borbón poco antes del 14 de Abril.

Y sobre este punto se presenta un dilema: o la destrucción del imperialismo japonés—cosa imposible—, o la destrucción del comunismo en China, también imposible. Es difícil evitar esa guerra. En la Conferencia del Desarme se ha puesto sobre el tapete este embrollado asunto; no hay quien lo arregle. Y, en vez de arreglarse, se presentan nuevas complicaciones. En el Pacífico "pacen" ciento noventa buques de guerra norteamericanos; se acusa a Rumania, a Francia y a Polonia de pactar con el Japón; se dice que infinidad de industriales yanquis facilitan armamentos al ejército nipón, mientras que algunos Bancos de Nueva York y Chicago prestan a los invasores cientos de millones de dólares; por otra parte, el Gobierno norteamericano lo tiene todo preparado para lanzar sus garras sobre los japoneses si éstos llegan a ocupar militarmente Shanghai, ya que después peligraría Filipinas, el opio y la industria sedera labrada china—valores inestimables—y las islas Hawai en el Pacífico. Por otro lado, las grandes potencias—la primera Estados Unidos—no ven con buenos ojos la protección a China, ya que ésta tiene guardadas las espaldas por los soviets, que esperan anhelosamente la revolución para que se implante el comunismo, pudiendo al fin lograr su objetivo del intercambio comercial.

¿Qué camino, pues, decidi-

rán las naciones ante el conflicto en que ya se masca la tragedia de una nueva guerra?...

Supongamos que Norteamérica y Rusia se pusieran de parte de China, y Francia, Rumania e Inglaterra por la del Japón. (Esto es un ejemplo, aunque esté lejos de la realidad.) ¿Qué ocurriría? pues que caería irremediablemente el imperialismo japonés. Pero luego, ¿en qué posición quedarían los chinos? Por una parte, la tensión violenta del soviétismo de Moscú y por la otra el capitalismo de América del Norte. Entonces otra guerra, esta vez ruso-americana. Después, otras complicaciones, las que se derivarían al ponerse en el conflicto el mundo entero en favor de los Estados Unidos con el único fin de buscar el desastre a Rusia. ¿Pero y si en China se declarase el comunismo? He aquí la gravedad de la situación, puesto que Rusia se haría la dueña del mundo, a pesar y todo de sus déspotas procedimientos.

Desgraciadamente, se ha agravado el conflicto.

**

En estos momentos de crisis mundial, de luchas de clase, pelean dos pugnas opuestas: el triunfo del capitalismo o del proletariado.

Uno de los dos saldrán victoriosos. Hay hambre. Miseria. Y cuando hay miseria, los cerebros, faltos del alimento necesario, se exaltan y piensan cosas terribles, impregnadas de las ideas más sanguiñarias. ¡Invierno, infierno!—escribe Samblancat en una novela—. Y es exacto. Estamos pasando un invierno terrible, de inquietud, de cambios de régimen, de crisis, provocadas por el retraimiento del capital. Y ese capital que se esconde ahora saldrá

luego para comprar armamentos y materiales bélicos. ¿Porqué?

Mientras que el burgués y el obrero, cada uno dentro de su condición, no formen un pacto amistoso de reconciliación, aprovechando las ventajas que ello puede traer, no nos encontraremos en otra época mejor.

Y eso ocurre porque somos demasiado materialistas. Los obreros que ganan doce y quince pesetas diarias les gusta ir cada día al bar y tomar el vermouth, vestir bien y vivir mejor. Y hoy es imposible. Porque, por más que se gane, no llega el dinero a ningún sitio. La miseria igualmente la pasan los de abajo que los de arriba.

Los de abajo, porque no pueden comer, y los de arriba, porque no quieren gastar.

¡Invierno, infierno! Materialismo podrido. Confusión. Luchas, Mixtificación. Egoísmo. Bandolerismo. Prostitución. Criminalidad. Hambre. Miseria. Crisis de trabajo. Aumento de contribuciones, aumento de la carestía de la vida... Y, a pesar de todo ello, aún sobran los millones para hacer la guerra. Y la gente se muere de hambre.

Y es que no hay sentido común. Estamos diezmados; la materialidad y el egoísmo nos separa. ¿República? ¿Monarquía? ¿Comunismo?

¡Nada!

¡Paz y trabajo!

Y mientras escribo estas cuartillas con la ilusión estéril y pueril de decir algo nuevo—que es viejísimo y tradicional—, aquí y en todas partes la gente corre hambrienta por las calles, mientras que en el lejano Oriente ya empieza a teñirse su cielo de rojo al reflejo del fuego y de la sangre que parece destruir el mundo...

Angel FARRE PARAREDA

Inserte usted sus anuncios en
LA CALLE y hará negocio

LA CORRESPONDENCIA
ADMINISTRATIVA DIRIJASE AL ADMINISTRADOR DE "LA CALLE",
PLAZA DE CATALUÑA,
NUMERO 9, 2.º, 2.ª
BARCELONA

FIGURAS DEL PASADO

"Un santo que no creía en Dios"



Francisco Suñer y Capdevila

HUBO un tiempo, mediado el siglo XIX, en que alcanzó la máxima popularidad un hombre de «elevada estatura, cuerpo enjuto, cabellos erizados y tendidos hacia atrás, ancha perilla colgada en ambos extremos del bigote, que daba a su fisonomía un aspecto satánico».

Aquel hombre había nacido el 4 de marzo de 1826, en la villa de Rosas (Gerona), frente al mar, del que dijérase que heredara su constante inquietud, su insumisión, sus renovados tumultos. Pocos años después, tenía como profesor de latín, en Castelló de Ampurias, a un fraile dominico ex-claustrado. Luego, en Figueras, a la vez que estudiaba filosofía, escribía versos y tremebundas proclamas. Y más tarde—1842—comenzó en Barcelona los estudios de la carrera de Medicina, estudios que hubo de interrumpir en 1845, porque, acusado de conspirar contra la monarquía, fué conducido a los calabozos del fuerte de Figueras. Desde allí, se le envió confinado a la provincia de Tarragona; mas, ignorase por qué motivo, al llegar a Barcelona quedó en libertad.

Cinco años más tarde, fijaba su residencia en la ciudad cedida en feudo por Ramón Berenguer III al conde de Ampurias, un nuevo médico. Este médico se llamaba Francisco Suñer y Capdevila.

—o—

¿A qué debió su popularidad, su casi celebridad suñer y Capdevila? ¿Al hecho de haber tomado parte en los sucesos de 1854? ¿Al de haber contribuido personalmente y bravamente a la resistencia heroica que puso el Ampurdán al golpe de Estado de 1856? ¿Acaso a que en la emigración adquirió su personalidad inusitadas proporciones? ¿Tal vez a la ruda sinceridad, a la entonces insólita osadía de no poner freno a sus pensamientos, declarándose abiertamente materialista y ateo?

Suñer era un apasionado de la doctrina republicana; un apasionado de la filosofía; un apasionado de su profesión. El soñaba con pueblos sanos, libres, laicos; esto es, con pueblos fuertes. Quería que la humanidad no supiera del dolor físico ni del dolor moral; que no fuese ni el más humilde ciudadano por ningún tirano maltratado ni perseguido; que llegase hasta el fondo de las conciencias un hilo de luz de la verdad.

Vivía en continua rebelión espiritual, convirtiendo su existencia en un apóstrofe incensantemente repetido, en una imprecación, en una blasfemia.

Médico, filósofo y republicano. Llegó a fulminar, desde el

Sinai de «su verdad»—distinta a la de un pueblo, uno e indivisible en su pazguatería, en su sequedad y en su pobreza—, aquel rayo de cólera apocalíptica que zigzagueó en la inmensidad de la incompreensión: «¡Guerra a Dios, a la tisis y a los reyes!»

¿Iban a permanecer mudas las bocas llenas de sarro de la gazmoñería? ¿Podían contener los labios el torrente de indignación que a ellos se agolpaba?

Aquel hombre cuya avilantez perturbaba y conmocionaba la conciencia popular, necesariamente había de ser un réprobo, un insensato, un loco de atar, desposeído de todo su pudor, refractario a todo sentimiento generoso, vendido al diablo, en fin.

Y contra Suñer se desató la ira de esas multitudes, en las que si hay no poco de buey,

también hay mucho de león y de lobo. Y del barro más viscoso, se hicieron proyectiles para herir de muerte al hombre que ya la muerte hiriera. Porque Suñer, el gran tisiólogo, había sido por la tisis tatuado.

Con todo, Suñer no se amilanaba. Lejos de claudicar, de hacer un alto o de recular en su camino, continuaba avanzando, sordo a los denuestos de la gente por él considerada ignara y grosera e incivil y cerril, pronunciando el 26 de abril de 1869, ante la Representación Nacional de un pueblo católico, apostólico y romano, su discurso negando la divinidad de Jesucristo.

«Jesus, señores diputados—dijo—, fué un judío, del cual todos los católicos, y sobre todo las católicas, tienen una idea equivocadísima...»

Desde aquella fecha, Suñer y Capdevila fué considerado

como el representante auténtico en la tierra, del infernal Satanás.

Muchas mujeres y no pocos varones, al verle, hacían la señal de la Cruz.

—o—

¡Vida fatigosa y tumultuosa la de Suñer, obstinado en trabajar afanosamente por la revolución.

Aun sabiéndose vigilado, espiado, fraguaba complots, urdía conspiraciones, jugábase a cada instante la cabeza, arrastrado por sentimientos que no controlaba la razón. Era irreflexivo e impulsivo y temerario, hasta el extremo de que no poseyendo condiciones de militar, y desconociendo en absoluto el arte de la estrategia, no vacilaba en organizar y capitanear fuerzas que llevaba irremisiblemente al fracaso. Y en tantas ocasiones tuvo que refugiarse en Francia, que llegó a encontrar sabroso el pan de la emigración.

Por cierto que en uno de esos momentos difíciles en que, acorralado, peligraba seriamente su vida, tuvo que abandonar Barcelona metido en un tonel. Como advirtiera, a poco de partir, el conductor del carro en que fué colocada la cuba, que la Guardia Civil le perseguía de cerca, advirtiéndole a Suñer. Rápido, Suñer, saltó del tonel al camino y, con toda la fuerza de sus pulmones, gritó, dirigiéndose a los civiles: «A valor, quizás me ganéis; pero a piernas, no».

—o—

Suñer, por haber coadyuvado en Barcelona al triunfo del movimiento revolucionario del 18 de septiembre en la bahía de Cádiz, fué nombrado, por la Junta de Gobierno, teniente alcalde del distrito IV.

Luego obtuvo, por sufragio universal, el cargo de alcalde. Más tarde fué elegido diputado por la circunscripción de Gerona.

Triunfante la República, y durante la presidencia de Pi y Margall, la Asamblea le nombró ministro de Ultramar.

En ninguno de los cargos que desempeñó cometió la menor injusticia ni abrió a nadie las puertas del favor. El revolucionario de otros días, velaba, consciente de su responsabilidad, por la Ley y por el orden, sin dejar por ello de practicar el bien, socorriendo a cuantos necesitados a él acudían y prestando asistencia gratuita a los enfermos que sus servicios solicitaban.

El demoledor, el ateo, era, en el fondo, un sentimental.

Porque conocía perfectamente a Suñer, pudo decir Prim: «Es un santo... que no cree en Dios».

PEDRO NIMIO

UN COMUNISTA INTELLECTUAL

PLÁ Y BELTRÁN, REVOLUCIONARIO AUTÉNTICO

ORO DE LEY

HA Y revolucionarios de "double"; revolucionarios de cajas de cerillas; revolucionarios de "izquierda"; de "derecha"; del "centro"; revolucionarios "amateurs"; revolucionarios que hacen "la" revolución, la revolución de su bolsillo; revolucionarios-pistoleros, del atentado personal; revolucionarios de café, de bar, de tienda; revolucionarios de sobremesa; revolucionarios de moda, de última novedad; revolucionarios que ejercen esa profesión por "chantage" o por aparecer ante su familia como un "enfant terrible". Hay también revolucionarios porque sí, por personalidad propia. Entre estos revolucionarios hay algunos cien por cien, auténticos. Plá y Beltrán es uno de ellos.

Véanlo, sino; vean ustedes el "caso de Plá y Beltrán".

NOTICIA

Acaban de darme la noticia. El color de mi rostro ha desaparecido por completo. Todo yo, en este momento, soy una caja de nervios; un muñeco crispado, a punto de desternillarse, pieza por pieza. Allá dentro, en lo más íntimo de mi pecho, he recibido un golpe terrible, quizá una hemorragia catalítica. Hierver las ideas en mi mente. Medito, pienso, me desespero; trato de resolver el problema de mi amigo...; nada, todo en vano... Pero, ¿qué sucede? Un hecho insólito, algo desconcertante, monstruoso. ¡Mi amigo, Plá y Beltrán, está en la cárcel!

¿QUIEN ES PLÁ Y BELTRÁN?

Simplemente, un poeta, un gran poeta; un poeta que a fuerza de estudiarse a sí mismo se ha encontrado en él un gran revolucionario; un revolucionario de la manera de Joaquín Arderius. Esto es mucho; es—en las circunstancias actuales—acreditarse como un buen alpinista de la vida. Los comunistas, en estos tiempos, están muy mal mirados; se les trata unas veces de bandidos, otras de

vagos, de maltrabajos, y en la mayoría de los casos se les dice—así, campanudamente—que viven del dinero ruso... Todo esto tiene la mar de gracia. Por eso Plá y Beltrán, cuando oye hablar de la vida miserable que hacen los bolcheviques y del dinero moscovita que viene a España, todo al mismo tiempo, se pone la mano en el vientre para reírse a sus anchas.

Porque hay que tener en cuenta que Plá y Beltrán ya no es ningún niño, tiene veintitrés años, ¡y a esa edad es difícil engañar a un intelectual con esa clase de leyendas!

Por otro lado, nuestro amigo posee la suficiente cultura, ha leído demasiados libros de Lenin; ha visto la realidad demasiado cerca, para hacer caso ahora de los cuentos chinos. Yo, que le conozco a fondo, que he compartido con él la pocilga repugnante de nuestra vida, sé, como nadie, su manera de pensar.

La personalidad de Plá y Beltrán, como literato, tiene también perfiles de un genio. A su edad, ha escrito, entre infinidad de trabajos periódicos, tres libros en serie. Estos tres libros de verso, le acreditan como uno de los poetas más "puros" de la nueva literatura española. El primero, "La Cruz de los Crisantes", tiene el sabor agrio de un "cocktail" de limón. El segundo, "Huso de Eternidad"—parábola novecentista—corta verticalmente los moldes de la poesía antigua, para buscar la desnudez de todo el desnudo de la Naturaleza. "Narja", su último libro, sin publicar todavía, es una interpretación magnífica una sinfonía de la voz que grita la revolución en los pechos de todos los proletarios conscientes. Tiene este libro horizontes grises, de plomo, oscuridad de minas, ruidos de máquinas, de engranajes, y polvo, mucho polvo de carbón mineral... Con esto queda dicho todo; el libro es un manual para la clase obrera.

DESFILE DE PERSONAJES

En ningún caso más apropiado que en este podíamos usar aquello de "toda Valencia ha desfilado por tal sitio". En efecto, con motivo de la detención de Plá y Beltrán, todo el pueblo valenciano desfiló por la Cárcel Modelo. Su joroba de dromedario, pérdida en las estepas noctámbulas, ha sabido conquistar para su dueño la corona de la popularidad. Los locutorios de la prisión estaban todos los días invadidos de personajes más o menos destacados de la política valenciana.

EN LIBERTAD — UNA ENTREVISTA

Han pasado cuarenta días desde que encerraron a Plá y Beltrán. Las puertas de la Cárcel, a una orden del gobernador, han sido franqueadas de nuevo, para dar paso a la figura contrahecha del revolucionario. Nosotros, que hemos seguido de cerca todas sus oscilaciones, salimos a su encuentro; vamos a visitarle, queremos que nos cuente algo de lo mucho que ha debido sucederle durante su encierro. Delante de nosotros le han visitado ya muchos amigos con las mismas pretensiones. Sabemos, pues, que su voz gangosa ya no temblará de emoción al relatarnos lo ocurrido.

—¿Cómo fué tu detención?— le preguntamos.

—Cuatro días antes de la huelga revolucionaria del 25 de enero, cansado de andar de un lado para otro, en mi labor periodística, me dirigí al Círculo del Partido Republicano Radical Socialista; allí, como sabes, tengo muchos amigos. Comenzamos a hablar—naturalmente—de política; yo, debido a mi temperamento, me violenté bastante. Al salir me dirigí, en compañía de un amigo que encontré en la calle, a mi casa, y en la puerta de mi domicilio me detuvieron para llevarme al Gobierno Civil.

De allí me llevaron a la Cárcel.

—¿Porqué? ¿Lo sabes?

—No. Dos o tres veces me dijeron que el gobernador quería hablar conmigo sobre ese particular, pero no lo hizo.

—Entonces, ¿no es cierta la leyenda que se ha propagado por ahí de que tú maltrataste de palabra al gobernador?

—Nada de eso es cierto.

EMOCION DE LOS DEPORTADOS A LA "BUENOS AIRES"

—Dime: ¿qué sucedió en la Cárcel cuando se iban a llevar a los once deportados?

—Aquella noche yo me dormí tranquilamente en mi celda; pero allá a las doce oí una voz temblorosa que repetía con insistencia mi nombre. Me desperté y vi que era Juan Rueda, uno de los deportados. Venía a despedirse de mí. Me dijo: "¡Plá, nos llevan deportados; la Guardia civil cerca la Cárcel; los guardias de Asalto, pistola en mano nos obligan a salir! ¡Salud!" Le di un abrazo, me despedí de todos ellos y me volví a la cama, aparentando dormirme de nuevo, cuando en realidad lo que hice fué pensar en aquellos pobres muchachos, que se los llevaban con rumbo desconocido... Al otro día, en el patio, acordamos manifestar nuestra protesta, no contra los oficiales de la Prisión, ni contra los soldados que nos custodiaban, sino contra el Gobierno, que se atrevía a hacer en menos de un año lo que no hizo la Dictadura en ocho...

FINAL

Plá y Beltrán continúa hablando. Nosotros, por nuestra parte, hemos seguido con atención todo su relato. Pero al decaer el interés de la conversación hacemos un alto en el camino para cerrar nuestro reportaje, copiando unos versos—los más sabrosos—del poeta revolucionario:

"Una bandera roja [zas.] borra la diferencia de las ra-

Julio MATEU

Valencia.

MIRANDO AL PASADO

ALGUNOS RASGOS DEL «REY SARGENTO», FEDERICO

FEDERICO Guillermo I de Prusia, monarca al que se reconoce como fundador de la grandeza de Prusia, nació en 1688 y murió en 1740, después de un reinado de veintisiete años, desde 1713, al fin de los cuales fué sucedido por su hijo, Federico II, que alcanzara el sobrenombre de Grande.

Lleno de aventuras guerreras desarrolladas con suerte varia y con saldo favorable para él, Federico Guillermo I dejó también trazas de su paso por la Historia por causas personalísimas dependientes de su carácter.

El rey sargento era violentísimo de carácter, llegando hasta la brutalidad en no pocas ocasiones, a tal punto, que Voltaire, en su "Vida privada del rey de Prusia", no se contuvo para llamarle vándalo.

Que no faltaba razón al gran escritor francés para aplicar al monarca prusiano tan enérgico calificativo lo demuestran algunos rasgos del monarca, que vamos a consignar, de los muchos que pudieran reunirse para trazar una biografía de las más interesantes.

Aunque la historia no es demasiado explícita respecto a ciertos detalles, sabido es que Federico Guillermo demostró siempre gran aversión a su hijo, el futuro Federico II, y acaso tal aversión se fundara en el carácter afeminado del heredero de su trono. Basta leer la citada obra de Voltaire para llegar al convencimiento de que Federico II tenía inclinaciones contra naturaleza en materia sexual. Materialista en extremo, también podía ser parte en su brutalidad para con su hijo la inclinación de éste a las bellas artes, a la literatura especialmente, de cuya inclinación y de cuyas aptitudes dió constantes muestras como magnífico prosista y regular poeta, que escribió todas sus obras en un idioma ajeno al suyo, en francés.

No podía sufrir Federico Guillermo la espiritualidad de su hijo. Si por casualidad le sorprendía con algún libro entre las manos, arrebatábaselo violentamente para arro-

GUILLERMO DE PRUSIA

jarlo al fuego. Muchas veces el heredero del trono hubo de verse brutalmente humillado por los malos tratos que su padre, el rey, le infería, tanto física como moralmente, hasta que el príncipe resolvió fugarse de la corte en compañía de dos amigos jóvenes, Kath y Keith, de quienes cabe sospechar iguales anormalidades sexuales que en el joven Federico.

Fracasada la fuga, fueron detenidos el príncipe y sus compañeros, uno de los cuales, Kath, fué ejecutado, obligándose a Federico a presentarse desde su prisión la muerte de su amigo. El otro compañero de aventura, Keith, logró escapar.

Sospechando Federico Guillermo que la princesa Guillermina, hermana de Federico, era cómplice del intento de fuga, exasperóse de tal modo contra ella que, después de golpearla ferozmente, intentó arrojarla por una ventana alta del palacio, y gracias a la providencial presencia de la reina madre logró salvar su vida la joven, a la que la madre retuvo, sujetándola por la falda, cuando ya la tragedia parecía inevitable.

Otra muestra de la violencia de su carácter la dió Federico Guillermo al enterarse de que su hijo tenía en Potsdam una amante, de humilde condición, a la que hizo azotar por un verdugo en la plaza pública, en presencia también de Federico, quien fué encerrado por su padre en una celda, sin servicio de ningún género, por espacio de seis meses, al cabo de los cuales se le dió un soldado, durante todavía su prisión un año más.

Afirma Voltaire que el odio de Federico Guillermo a su hijo no se satisfizo con aquel castigo, sino que pretendió hacerlo condenar a muerte contando con la complicidad de los jueces; por fin, las intervenciones de otros monarcas hicieron desistir al rey sargento de su criminal propósito.

La violencia de carácter de

Federico Guillermo, demostrada de tan patente modo en el seno de la familia, adquiría mayores proporciones con los ajenos. Sus cortesanos, sin exceptuar las damas, hubieron de sufrir más de una vez las groserías, y los insultos, y hasta los golpes del rey; apaleaba en plena calle a quienes le parecían desocupados, especialmente a las mujeres, increpándolas: "Vete a tu casa, gandula, que las mujeres honradas nada tienen que hacer en la calle". Inútil es decir que la presencia del rey en calles y plazas producía pánico y las despejaba mejor que una carga de los soldados.

Por si fuera poco tan desagradable condición de su carácter, Federico Guillermo era, además, avaro. Vestía pobremente y ponía todo su esfuerzo en aumentar el real tesoro, valiéndose para ello de todos los medios. Todo era para él motivo de multa. Una riquísima aristócrata de Berlín, acusada de haber tenido un hijo siendo viuda, recibió una carta de puño y letra del rey obligándole a entregar al tesoro real una fuerte cantidad para lavar su honra, lavado que costó a la desventurada toda su fortuna y que la dejó en la más completa ruina. A un alto funcionario muy mal retribuido, por haber cortado algunas ramas de un jardín público, para su hogar, le condenó a una multa consistente en un año de sueldo.

Volviendo nuevamente al juicio de Voltaire, habremos de convenir con él en que "Turquía era una república comparada con el despotismo de Federico Guillermo".

Hombre tan autoritario y orgulloso no podía menos de ser gran militarista, y, en efecto, el ejército prusiano comenzó a conocer sus días de gloria bajo Federico Guillermo, quien supo organizarlo de modo perfecto.

Una de sus genialidades fué la de constituir una guardia real de gigantes y para ello no perdonó esfuerzos, dinero y sacrificios. El procedimiento

empleado para la recluta variaba según cada caso. Algunos de los gigantes eran comprados a peso de oro, como un tal Jacobo Kirkland, inglés, que le costó la suma de mil trescientas libras esterlinas, cantidad exorbitante en aquellos tiempos.

Para terminar, referiremos una curiosa anécdota acerca de la guardia de gigantes del rey sargento.

A pesar de buscar sus hombres por todos los rincones de Europa y de Asia, las dificultades de su adquisición le hicieron pensar en la conveniencia de crear en Alemania una raza de hombres de gran talla. Dedicóse, pues, a buscar también mujeres gigantes y a casarlas con sus soldados de la guardia, sin consultar ni a unas ni a otros.

Cierto día, obsesionado siempre por su idea de constituir un ejército de cien mil gigantes, vió en los alrededores de Potsdam una joven de altura desmesurada y saludable aspecto, digna de contribuir a la realización de sus planes. La llamó y, dándole una pequeña recompensa por el servicio, le encargó llevar al jefe de su guardia una esquela. Pero la joven encontró más cómodo trasladar a su vez el encargo a una anciana y decrepita mendiga, a la que dió una limosna, saliendo todavía ganadora de la diferencia. La pobre vieja se dispuso a realizar la comisión y llegó hasta el jefe de la escolta real, a quin entregó la esquela. Abrióla el destinatario, que leyó con verdadero asombro: "Orden de unir inmediatamente a la portadora de esta esquela con el tambor mayor del regimiento de la Guardia".

La orden del rey era terminante, al pie de ella estaba la real firma, y no había nada que oponer. En cuanto a la voluntad de la anciana mendiga y a la del inmenso tambor mayor, no habían de ser tenidas en cuenta. El encargo de Federico Guillermo fué cumplido escrupulosamente, siendo de lamentar que la crónica no consigne los resultados de tan risible aventura.

EL RÉGIMEN CORPORATIVO DE LOS COMITÉS PARITARIOS A LOS JURADOS MIXTOS DEL TRABAJO

EL actual Ministro de Trabajo y Previsión señor Largo Caballero, ha estudiado una reforma en la organización corporativa, que ha sido aprobada por las Cortes, y que se ha traducido, de momento, en el cambio de denominación de los Comités Paritarios, que han pasado, automáticamente, a llamarse Jurados Mixtos del Trabajo.

Como se trata de un tema que afecta extraordinariamente a las clases patronal y obrera, hemos procurado interrogar a una personalidad que conoce muy a fondo estas cuestiones, para que nos diera su opinión acerca de la reforma de que se trata y de la importancia que tiene la misma para los sectores sociales a los cuales afecta.

Antes de hacernos manifestación alguna, la citada personalidad, nos ha rogado que omitiéramos su nombre, para que no se crea que sus palabras tienen distinto alcance que el de una opinión imparcial y serena sobre tan interesante asunto.

Y atendiendo tal ruego, vamos a reproducir las manifestaciones que nos ha hecho, muy amablemente:

—Don José Canalejas — ha empezado diciendo nuestro interrogado — aquel ilustre demócrata, en 1902, y a propósito de sus gestiones para crear el Instituto del Trabajo, abogó por el intervencionismo del Estado en las cuestiones sociales, en un elocuente y documentado discurso y en otros trabajos estudiando todo lo que sobre el particular se había llevado a cabo en el extranjero, desde el año 1860. Por lo tanto, hay que hacerle la justicia a Canalejas de consignar que fué el primer político español, o de los primeros, que trató de conseguir que el Estado mediara en las relaciones entre el capital y el trabajo.

Luego, en 1919, el Instituto de Reformas Sociales, respondiendo a los requerimientos del Gobierno, presentó al mismo un proyecto de Decreto, que se promulgó en 3 de abril, de dicho año, estableciendo la jornada máxima legal de ochenta y ocho semanales, a partir de 1.º de octubre del citado año, y creando los Comités

Por qué no tendrán éstos la eficacia que debieran tener

Paritarios profesionales para el estudio de los casos de excepción de la indicada jornada.

Estos ensayos de organismos de conciliación entre los intereses patronales y obreros — sigue diciendo nuestro interlocutor — no lograron cumplida efectividad, por los obstáculos que les fueron poniendo en el Parlamento y fuera de él, los que tenían un interés especial en que no funcionaran tales organismos, para evitar complicaciones a la política de aquellos Gobiernos monárquicos y para no perturbar la indolencia de los patronos poco amigos de entrar en negociaciones directas con sus obreros.

Pero al venir la Dictadura, el Ministro de Trabajo, señor Aunós, recogió toda la labor realizada desde los tiempos de Canalejas con respecto al intervencionismo del Estado en los problemas obreros, sobre todo la que efectuó el disuelto Instituto de Reformas Sociales, que fué muy intensa e importante, e implantó los Comités Paritarios, como base de la organización corporativa nacional. De modo que lo que no se atrevieron, ni llegaron a realizar los Gobiernos liberales, funcionando el Parlamento, lo creó e instituyó un Gobierno dictatorial. Entonces, los socialistas, que se dieron cuenta de que era el momento oportuno de poder defender legalmente, por medio de dichos tribunales mixtos, los intereses de los trabajadores, se apresuraron a intervenir en la constitución de los Comités Paritarios, predominando en la mayoría de ellos.

Los Comités Paritarios — añade nuestro interrogado — indudablemente entrañaban una efectiva ventaja para patronos y obreros, pues han evitado muchos conflictos, que se habrían producido por piques de amor propio, y que al plantearse en un terreno neutral y mediante una serena actuación, han vuelto a unos y a otros la razón.

Al proclamarse la República y ocupar el Ministerio de Trabajo y Previsión el señor Largo Caballero, una de sus pri-

meras preocupaciones fué la de modificar o transformar ligeramente los Comités Paritarios, para apartarlos del sambenito que pesaba sobre ellos por los abusos, arbitrariedades y equivocaciones de algunos de los señores que formaban parte de las mesas de los mismos — se han registrado en ellos cosas muy edificantes! — y por la enemiga de la clase patronal, de parte de la clase patronal, a la que molestaba tener que tratar bis a bis con sus obreros e incluso a acceder a sus justas demandas y de un sector de la clase obrera, enojada por la pasividad en las actuaciones de tales organismos y de los Centros superiores de la organización Corporativa.

Más, antes de modificar la reglamentación de los Comités Paritarios, el señor Largo Caballero, ha procurado renovar sus Mesas, designando para los cargos de presidentes, vicepresidentes y secretarios, a personas pertenecientes al partido socialista o identificadas con él, sin tener presente si reunían, o no, condiciones para tales puestos, y prescindiendo, en cambio, de otras que habían demostrado cumplidamente de competencia durante una larga actuación. Es decir, que para el Ministro de Trabajo, lo interesante, no ha sido el contar con personal capacitado y experimentado en las cuestiones sociales, que deben estar al margen de toda política y de todo sectarismo, sino el colocar a sus adeptos, a sus correligionarios, competentes o no, para que esté el régimen corporativo en manos de la Unión General de Trabajadores y del partido socialista.

Este detalle — continúa exponiendo nuestro interrogado — es un motivo de nulidad de todo lo hecho por el señor Largo Caballero, porque siguiendo su modo de proceder, cuando salga del Ministerio, se encontrará con que el que le sustituya que seguramente no será socialista, no tendrá más remedio que renovar otra vez las Mesas de los actuales Jurados Mixtos del Trabajo — pues después de nombrar los presiden-

tes y vicepresidentes adictos, se aprobó la ley denominando así, a los antiguos Comités Paritarios — para que no tengan los mismos una tendencia tan marcadamente socialista. Y resultará, que con estos cambios, no habrá personas al frente de ellos con los convenientes conocimientos para la buena marcha de tales organismos. Esto aparte de la labor que están efectuando las entidades socialistas para que los vocales obreros, sean todos de su confianza y de su tendencia política. Pero ello, redundará en perjuicio del régimen paritario, que adolecerá del mismo defecto que sufría cuando pretendieron — y lo lograron en parte — apoderarse de una buena parte de los Comités, los elementos de los Sindicatos Libres. El señor Largo Caballero padece una equivocación enorme y lamentable al pretender que la Unión General de Trabajadores y el partido socialista, dominen en los Jurados Mixtos del Trabajo. Lo lógico, lo justo, lo procedente, es que se vayan a la sindicación obligatoria, patronal y obrera, por profesiones, para que unos y otros tengan una responsabilidad efectiva ante los organismos paritarios, y no que se convierten éstos en arma política al servicio de los socialistas.

En cuanto a las leyes de los Jurados Mixtos del Trabajo y del Contrato de Trabajo, elaboradas por el señor Largo Caballero, y aprobadas por las Cortes, son el R. D. Ley de Organización Corporativa Nacional y el Código del Trabajo, con ligeras modificaciones, pero eficaces y mejoradas en favor de la clase obrera, aunque sin animosidad ni perjuicio alguno para los patronos.

Será una verdadera lástima — termina diciéndonos nuestro interlocutor — que por la tendenciosidad que ha querido dar el Ministro del Trabajo, a su actuación con respecto al régimen corporativo y a sus componentes, no logre el mismo la eficacia que merece tener, y que ha de tener seguramente, cuando se le despoje de aquella, a la constitución o renovación de los organismos paritarios...

Claudio FERRAN

TRIBUNA LIBRE

LOS FEDERALES Y LOS SEÑORES PI Y ARSUAGA
Y BARRIOBERO

Sin quitar un punto ni una coma, tal como llega a nuestras manos, trasladamos a nuestras columnas la siguiente carta, sin que, naturalmente, entremos ni salgamos en el asunto que la motiva.

«Sr. Director de LA CALLE
Ciudad

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración:

Le agradeceré muchísimo tenga a bien disponer sea publicada la adjunta carta abierta, dirigida a don Joaquín Pi y Arsuaga, diputado a Cortes, en la revista de su digna dirección.

Dándole gracias anticipadas y en espera de que me verá atendido, le saluda atentamente,

M. Ventura Rodríguez
Abogado

Barcelona, 29 febrero 1932.

Sr. D. Joaquín Pi y Arsuaga
Madrid

Mi muy distinguido señor y correligionario: No por ser un federal que ha sostenido siempre la pureza de las doctrinas del insigne Pi y Margall (como usted expresamente ha reconocido), pero sí con la autoridad que me concede el pertenecer al partido que nos legó su ilustre padre, que nos pertenece a todos los federales, sino más, a lo menos tan justamente como a usted, pues si él fué su padre natural, lo fué nuestro espiritual, formando nuestras convicciones políticas y aun nuestro modo de ser moral, me dirijo a usted públicamente para formularle, aun con todo el respeto que me merece, con la máxima energía, una acusación y un requerimiento.

Si algún federal está más obligado que los otros a sacrificar todo amor propio, toda afección personal, todo interés particular en aras de la unión de la gran familia federal, es usted, don Joaquín, por llevar el apellido que lleva, yo me levanto en nombre del inolvidable maestro para acusarle de que no ha cumplido con su deber y requerirle para que, rectificando su conducta, cumpla con el mismo.

Hace ya bastante tiempo que un hombre perturba la marcha normal del partido federal. Es este hombre don Eduardo Barriobero. No me une a él ningún lazo de amistad, pero tampoco nos separa resquemor de clase alguna. Crucé la palabra con él en la penúltima asamblea del partido, y no le he vuelto a ver desde aquella fecha; pero es su actuación funesta para el partido, y, en su consecuencia, he de estar a su frente mientras no rectifique su conducta.

Cuando se convocó la penúltima asamblea, el Comité Municipal de Barcelona, que estaba distanciado de don Eduardo Barriobero por estimar que no había respetado, como era su deber, las autonomías municipales, acordó asistir, con amplio espíritu de transigencia y dispuesto a los mayores sacrificios en pro de la Unión federal. A la junta en que se nombró el delegado asistieron varios amigos particulares del señor Barriobero, entre los que recuerdo a los señores Casas Sala y Vellilla, con cuyo expreso asentimiento se delegó la representación del Comité en don Luis Sisquella y el suscrito, dispensándoles el honor de estimarles dotados de una independencia de criterio y de un espíritu de justicia tales, que por unanimidad se les facultó para que obraran con entera libertad, según lo que en Madrid vieran y oyeran.

Fuimos a Madrid animados del más amplio espíritu de transigencia y dispuestos a todo sacrificio en aras de la fraternidad, uno de los más sacratísimos postulados de nuestro partido, y nos encontramos con el más lamentable de los espectáculos: una asamblea dividida en dos enconadas fracciones, organismos provinciales representados por partidarios del señor Barriobero que, por propia confesión, pertenecían a una organización ajena al partido, y un representante del mismo (por ostentar la presidencia del Consejo nacional) que nada hizo, en el transcurso de la misma, para

aunar voluntades y que consintió la enorme herejía, para halagar un determinado sector social, de que se sentara que pudieran existir federales de derecha y federales de izquierda, cuando nuestra ideología no permite tal división por ser, no de media ni extrema izquierda, sino de íntegra izquierda política y gubernamental; expulsa, naturalmente, de su seno las derechas y los hombres de acción. Llegóse al extremo en tan deplorable asamblea de que al tratarse de votar una proposición de censura contra don Eduardo Barriobero, los partidarios de éste, después de presentar como enemigos del pueblo a los que tenían enfrente, al objeto de coaccionarles exigieron la votación nominal, consintiendo que, por estimar que lo democrático era acceder a la votación secreta, tuviera que abandonar la presidencia el que hasta aquel entonces había presidido con aplauso de todos, íntimo amigo, por cierto, del señor Barriobero, y que en tal trascendental votación nos presidiera persona en todos conceptos meritísima, pero ajena al partido, como lo es Tato Amat.

Quedó precisa y definitivamente formado mi criterio: la actuación de don Eduardo Barriobero era funesta para el partido y estaba políticamente incapacitado para ostentar su representación como presidente de su Consejo nacional.

Por estas razones voté la proposición de censura a don Eduardo Barriobero, pero tengo que hacer constar lealmente que en ello no influyó nada que pudiera referirse a la consideración personal que pueda merecer, pues nada contra ella se concretó en aquella ocasión, ni aún se recogió por nadie la especie tan vulgarmente extendida de haber sido confidente de la Policía. Su reputación salió de allí inmaculada.

Los actos posteriores de don Eduardo Barriobero vinieron a ratificarme en mi opinión. Rechazado el voto de censu-

ra por unos cuantos votos solamente, don Eduardo Barriobero continuó amarrado a la presidencia del Consejo nacional a pesar de que, obtenida la satisfacción moral de la votación, la más elemental delicadeza política le obligaba a renunciar la representación de un partido cuya mitad a lo menos se había pronunciado ostensiblemente contra su actuación. Vinieron las elecciones a diputados a Cortes y el Comité Municipal, que me había concedido su representación, para no confundir más y más a la opinión, se abstuvo de tomar parte en ella, recomendando a sus afiliados votaran a los candidatos más afines, creyendo que el señor Barriobero presentaría candidatura por el partido; pero cuál fué su asombro al ver que se presentaba, no como candidato del partido republicano democrático federal, sino de la extrema izquierda federal y que bajo esta misma etiqueta lo presentaba usted, don Joaquín. Posteriormente se ha venido en conocimiento, por pública declaración del diputado señor Jiménez, de que tal partido era un partido fundado con treinta hombres para sólo fines electorales. ¿Puede darse mayor amoralidad política que el presentarse el cabeza visible de un partido como perteneciente a otro, y empeñarse al mismo tiempo en mantener la representación del primero?

El hombre que así procede, consciente o inconscientemente, labora por la muerte del partido. En el resto de España parece que no se consigue, pero sí en Cataluña, en donde la desorientación de la opinión pública es absoluta y a la que se priva del único partido con programa perfectamente definido que podría dar solución completa a sus aspiraciones, consolidando la unión espiritual de España.

Ahora bien, don Joaquín, si usted, en cumplimiento de su deber, hubiera asistido a la penúltima asamblea federal, su veneranda figura, por todos, sin excepción, respetada, hubiera servido de poderoso aglutinante. No lo hizo así y cometió una irreparable falta,

TENORES, PAYASOS Y JABALIES DE ANTAÑO

ANÉCDOTAS

A FICIONADO incorregible a seleccionar anécdotas, como soy; pasar tres meses en Madrid contando con la amabilidad de Antonio Asenjo, director de la Hemeroteca, para revolver diarios; recorrer los innumerables puestos de libros viejos; oír conversaciones de viejos políticos y emplear en estos menesteres los ocios que mi trabajo me ofrecía, que fueron muy pocos, y las mañanas que aprovechaba, que eran muchas, ha aumentado formidablemente mi arsenal anecdótico.

Asistir a un par de sesiones del Congreso y escuchar las innumerables interrupciones de algunos diputados, sobre todo las de Pérez Madrigal, me inspiró la idea de recordar algunas frases famosas que yacen olvidadas, y resucitar el recuerdo de los tenores, payasos y jabalies de tiempos pretéritos.

Pensar en interrupciones parlamentarias y no recordar a Romero Robledo, Rodrigo Soriano, Canalejas y Sánchez Guerra, es imposible.

Vaya hoy un puñado de

de la que públicamente le acuso.

Pudo rectificar su conducta asistiendo a la última asamblea, a la que expresamente fué invitado, así como los señores Barriobero y Niembro, y para la que se le había delegado una representación por un organismo municipal catalán. Y tampoco asistió.

Sé que usted no se hará eco de argumentos de leguleyo contra la última asamblea, porque sabe perfectamente que ella era el único medio para que cesara la anfibia situación del partido, porque sabe que a ella fueron invitados todos los federales, sin distinción de matices, que a ella concurren organismos tan destacados en favor de Barriobero como el Comité Municipal de Barcelona, por él formado, y porque a ella fueron invitados expresamente todos los individuos del Consejo renovado. Los que hi-

anécdotas de don Francisco Romero Robledo, el pollo de Antequera, el que, después de colocar en el ministerio de la Gobernación el célebre cartel: "Cayó para siempre la raza espúrea de los Borbones", contribuyó a restaurar su monarquía, pasando por todo el arcoiris de los colores políticos: uno de los políticos más hábiles de su tiempo y quizás el más cínico.

Para recopilar todas sus frases de picardía, viveza, habilidad, ingenio y cinismo, sería preciso un voluminoso in-folio. Vaya un puñado al azar entresacadas, sin elegir las.

En una ocasión visitó Dato Barcelona y fué recibido a pedradas: a los pocos meses Romero, dirigiéndose a Silvela, le dijo:

—Para su señoría somos pocos y pequeños; su señoría es más grande: recuerde cuando envió a Barcelona al señor Dato, ministro de la

cieron dejación del derecho de asistir, no lo tienen de perturbar.

Formulada la acusación, amor al partido, el respeto que usted me merece y la memoria de nuestro Pi y Margall me mueve a requerirle para que, rectificando su conducta, labore con el partido, ocupando el puesto que en él le corersponde, y recabe de sus amigos, sin excepción alguna, igual cumplimiento de sus obligaciones políticas.

Sé que le une con don Eduardo Barriobero una estrecha amistad, pero también sé que relegando ésta a la vida privada no ha de influir en su actuación política.

Quitar fuerza eficiente hoy al partido federal, único que puede salvar a España y su encarnación la República, es un delito de lesa patria. He cumplido con mi deber, cumpla cada uno con el suyo.

Sabe es siempre su afectísimo s. s., q. e. s. m.

M. Ventura Rodríguez

Gobernación. Su popularidad fué tan grande que hasta las piedras se levantaron para recibirle.

En una discusión preguntó a la Cámara:

—¿Es cierto que el señor Sagasta se ha declarado apéndice de la corona?

Hablaba el marqués de la Vega de Armijo. Romero estaba en pie a la entrada del hemicycleo y, sin poderse contener, exclamó:

—Me jo... roba ese hombre.

Y Cánovas, que se hallaba detrás de él, le dijo:

—Pues, Paco, te es infiel.

—¿Porqué, don Antonio?

—¡Porque también me jo... roba a mí!

Increpando a los ministeriales, dijo:

—Aquí no hay partidos, no hay ideales, no hay éste o ése, no hay más que dos eses: Sagasta o Silvela.

Exclamaba don Segismundo Moret:

—¿Porqué el señor Romero Robledo no quiere gobernar?

—¡Sí, sí quiero; pero no me dejan!

Increpando al Gobierno, decía:

—El partido más fuerte, más vigoroso y más capaz para gobernar es el que yo dirijo.

Una voz:

—¡Pero si son ustedes ocho!

—Una cartera para cada uno—contestó Romero.

—Les ministerios son nueve—dijo la voz.

A lo que replicó Romero:

—Pues dos carteras para mí.

Era presidente de la Cámara Romero Robledo y quería a todo trance evitar una votación. El diputado Borés y Romero era el que con más empeño instaba para que la votación se hiciera. El presidente le cortaba la palabra a campanillazos a cada párrafo. El orador insistía y, ya indignado, gritó:

—Aquí cada cual tiene su ideal, cada grupo su jefe...

—¡Y cada tío sus sobrinos!—le gritó Romero Robledo.

La hilaridad de la Cámara hizo enmudecer al señor Borés y Romero. Todos sabían que éste era sobrino de Romero Robledo, quien le había proporcionado el acta.

Por primera vez hablaba en el Congreso don Antonio Maura. Cánovas, sorprendido por la brillante oratoria del "debutante", preguntó:

—¿Quién es el que habla?

Y Romero Robledo le contestó:

—Hasta hoy es el cuñado de Gamazo, pero me parece que pronto Gamazo será cuñado suyo.

Ruiz Capdepón discute con Romero Robledo.

Le dice Capdepón:

—¿Quiere su señoría un botón de muestra?

—Venga el botón—contesta Romero.

Capdepón:

—¿Quiere su señoría dos botones?

—Vengan los gemelos—replica Romero.

Se quejaba Romero Robledo de los atrevimientos de la Prensa de Barcelona y decía:

—Es intolerable. En este grabado me representan decapitado y dice al pie: "Hay que cortarle la cabeza, pues cortarle la lengua no es bastante".

Una voz:

—Eso se lo dicen a su señoría, pero a los demás no.

Romero:

—En efecto: a mí me decapitan; a vosotros nada más os llaman burros.

El diputado por Morón, marqués de Pilares, que se llamaba Ramón Auñón y Villalón, combatía duramente a Romero Robledo. Este le contestó, pero no hallaba razones que convencieran a la Cámara; el marqués de Pilares llevaba las de ganar y Romero Robledo no se resignaba, y terminó un párrafo grandilocuente, clamando con gran energía tribunicia:

—Esto es lo que he de contestar al señor “don Ramón Auñón y Villalón, diputado por Morón”.

Las risas de la Cámara hicieron estériles las razones del orador.

Solicitaba el Gobierno cierta prórroga en un asunto y Romero dijo:

—Por mi parte os la concedo. Espero en la lealtad del Gobierno y creo que antes de veinticuatro horas se aprobará el proyecto. Si queréis propina os la daré.

Un diputado:

—Yo no he pertenecido a ninguna Comisión y, por lo mismo, no he podido percibir dietas.

—Eso quiere decir que su señoría hasta hoy no ha recibido una peseta, pero que está dispuesto a recibirlas— contestó Romero.

Silvela a Romero:

—Su señoría restauró una dinastía para gozarse en derrocarla.

Romero:

—Pues si opina su señoría así, cuidado conmigo.

En una sesión empezó diciendo:

—Señores diputados, los que tenéis padres, hijos, hermanos, parientes, algo, en fin, porque todos tenemos una familia...—La Cámara prorrumpe en una risa sonora y él, sin inmutarse dice—: Si hay aquí algún inclusero, que perdone.

Un diputado, harto de oír las incongruencias que Romero decía en un discurso, que prolongaba indefinidamente para “hacer tiempo” y dar lugar a que llegaran a la Cámara los diputados que él necesitaba para una votación, le dijo:

—Molesta su señoría con lo que dice.

Y replicó Romero:

—¡Muy bien! Le reconozco el derecho a la molestia, y prosigo...

—Siempre el señor Silvela, atento con sus nuevos correccionarios, viene al Poder en relaciones más o menos lícitas con gentes que no son de su familia. ¿Cuándo vendrá con su mujer propia?

Increpaba a Romero Robledo el diputado señor Castellanos (que llegó a ministro), el cual era de menguada estatura. Romero le escuchaba aparentando indiferencia, y cuando con mayor saña le atacaba Castellanos, rugió:

—No veo a quien me habla. Póngase de pie su señoría.

Este, que de pie le estaba increpando, se sentó, avergonzado, y no volvió a hablar.

En una interpelación:

—Debemos alabar a este Gobierno regenerador que tan grande importancia ha concedido a las irrigaciones.

Al discutir los presupuestos decía Silvela, jefe del Gobierno:

—¡Es preciso imponer fuer-

tes gravámenes al lujo y a la holganza!

Se aprobaron los presupuestos y, glosando las palabras del presidente, dijo Romero:

—Dijo el señor Silvela: “Se cargará a los señores que nos insultan con su lujo y su holganza...” Y, en efecto..., se ha rebajado el sueldo a los peones camineros. ¡Compadecemos a esos próceres!

Se dictó una orden prohibiendo el uso del sombrero a las señoras en las butacas de los teatros. Un diputado interpeló al Gobierno rudamente:

—Esa circular no debió cursarse. Las señoras se ven obligadas a tener, durante la representación, el sombrero sobre las rodillas o entre las piernas. Es un dolor ver cómo se deterioran los encajes, las puntillas, las plumas... Mi programa es...

—Ruego a su señoría que suprima, por lo menos, las plumas de su programa—contestó Romero Robledo, que presidía la sesión.

Habla Romero:

—Se ha dicho en la Cámara que esta es la hora de los tordos: pensad que el tordo es un pájaro que se posa en los olivos y cuando levanta el vuelo se lleva cuatro aceitunas: una en el pico, otra en cada garra y otra en el buche.

Momentos después habló el señor Cambó y dijo:

—Respecto a la finalidad de la Solidaridad, he de decir al señor Castrovido que nosotros somos en la política española un ave rara.

Romero Robledo:

—El tordo.

Silvela y Romero Robledo se profesaban un odio “cordialísimo”. Una tarde se encontraron en un pasillo del Congreso y Silvela le preguntó a su enemigo:

—¿Qué piensa usted de mí, Romero?

—Lo mismo que usted de mí.

De su desenfado es la mejor prueba esta anécdota. Se hallaba enfermo de gravedad y un amigo suyo entró a verle:

—¿Cómo se encuentra usted, don Francisco?

—En la sala de espera.

—¿Qué quiere usted decir?

—En la sala de espera aguardamos con más o menos impaciencia la salida del tren. De pronto suena una campana; es la hora. Pues aquí me tienes esperando que toquen para emprender la marcha.

En efecto, a los pocos días murió.

A estas anécdotas leídas u oídas he de añadir una vivida por mí.

Vino don Francisco Romero Robledo a Barcelona a dar un mitin en el Teatro Principal. Pronunció uno de sus más fogosos discursos. Ofreció, prometió, aseguró cuanto le pareció conveniente y el público le escuchaba más o menos indiferente. En un arrebatado oratorio, habló de su conducta política, de su desinterés, de su probidad, y una voz de la galería exclamó rotundamente:

“¡¡Quina barra!!” (¡Qué poca vergüenza!)

Y aquel cínico político, que en su vida parlamentaria interrumpió mil y mil veces e hizo perder la serenidad a tantos oradores, palideció y acabó su discurso de mala manera.

Y hoy, pasados tantos años, al recordar sus audacias, sus procedimientos, su vida política, en fin, pienso que tenía razón el que le gritó: “¡¡Quina barra!!”

Joaquín MONTERO



● *nuevas escuelas en Cataluña* ●



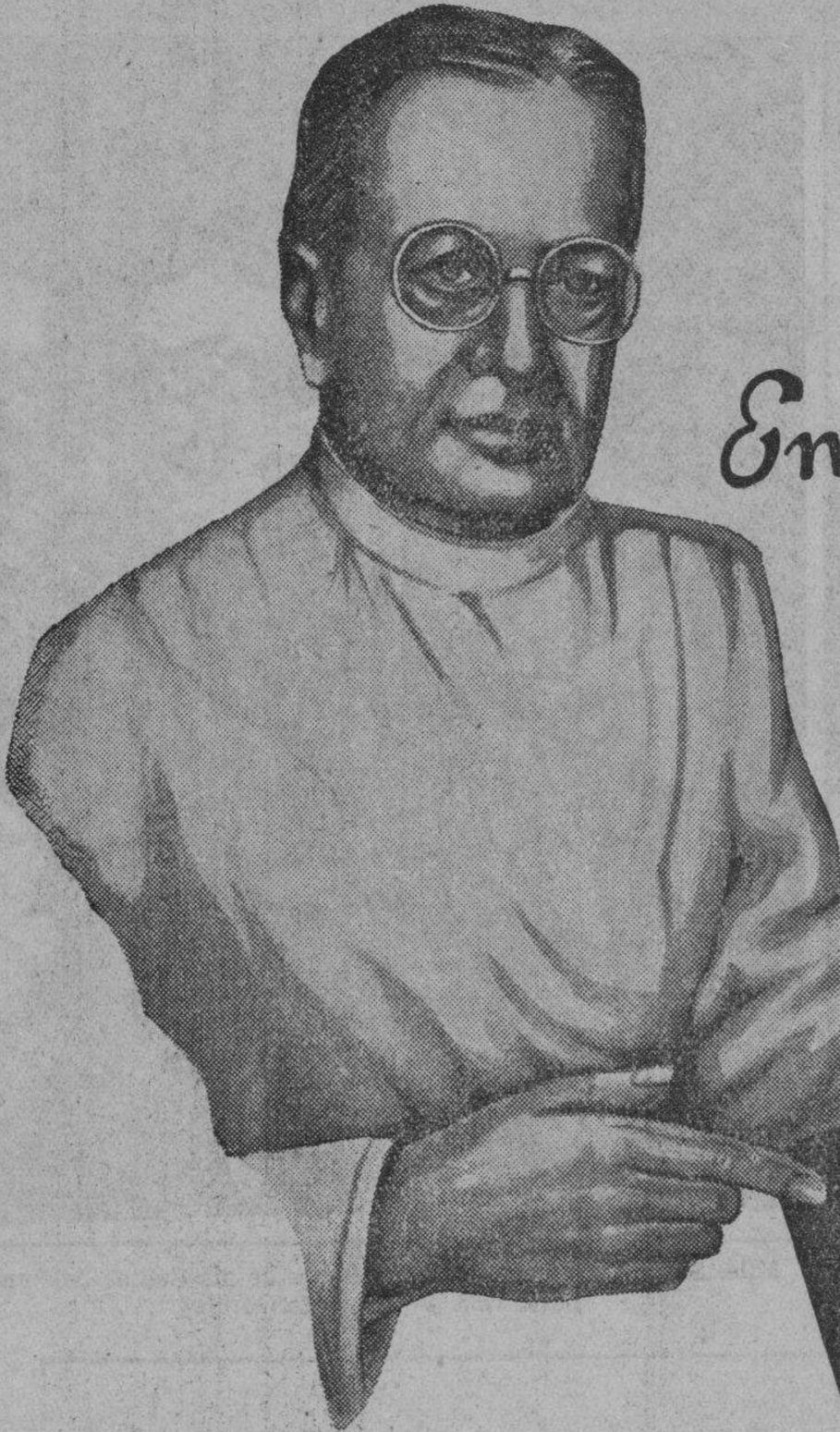
Presidencia del acto inaugural de las obras de derribo del antiguo cuartel barcelonés de San Pablo, en cuyo solar se edificará el Grupo escolar «Collaso y Gil». — (Fot. Merletti)



El Director general de Primera Enseñanza, don Rodolfo Llopis (X), con las autoridades locales, después de visitar el nuevo Grupo Escolar, inaugurado en Olot. — (Fot. Sossell)



Interior de las Escuelas que acaban de inaugurarse en la barriada del Pueblo Nuevo, de Manresa. — (Fot. Cásals)

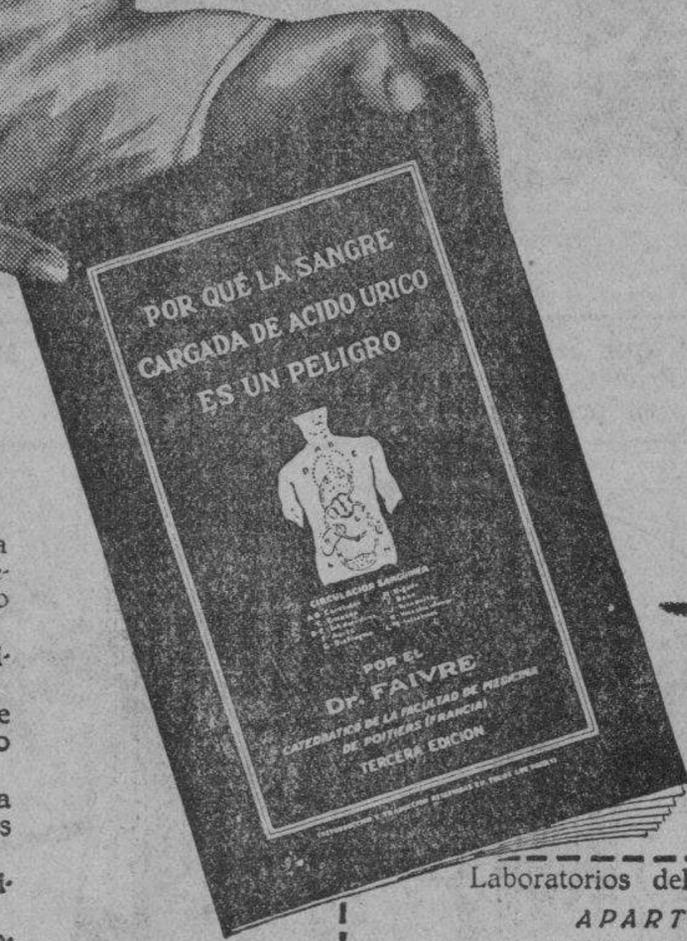


Enfermo del ácido úrico
lea este libro

Interesa mucho a todos los artríticos de ambos sexos y a los predispuestos, leer este libro y leerlo bien; pero se preguntará: *¿quien es artrítico?* y a esto contestamos que lo son en primer lugar:

- los individuos cuyos padres han padecido manifestaciones artríticas.
- los que sufren o han sufrido alguna dolencia de carácter reumático o vesical, cólicos hepáticos o nefríticos.
- los obesos, los de temperamento sanguíneo y la mayor parte de los sedentarios que no oxidan las grasas, ni eliminan las toxinas úricas.
- los excematosos, herpéticos y los atacados de uricaria y frecuentes pruritos.
- los mayores de cuarenta años en general, sobre todo si viven en ciudades, pues el artritismo es también enfermedad de clase.

En el transcurso de la lectura de este libro, que quisiéramos leyera todos los padres de familia que saben velar por el porvenir de sus hijos encontrará el lector lo que hace más falta saber sobre esta diátesis basada en acumulación del **ácido úrico** en la sangre y en las células del organismo y sobre el tratamiento racional para librarse de sus peligros con **URODONAL** el disolvente perfecto del **ácido úrico**, recomendado por las eminencias médicas del mundo entero como tratamiento preventivo y curativo de los accidentes artríticos.



que se envia
gratis

Laboratorios del **URODONAL**
APARTADO 718
BARCELONA-ESPAÑA

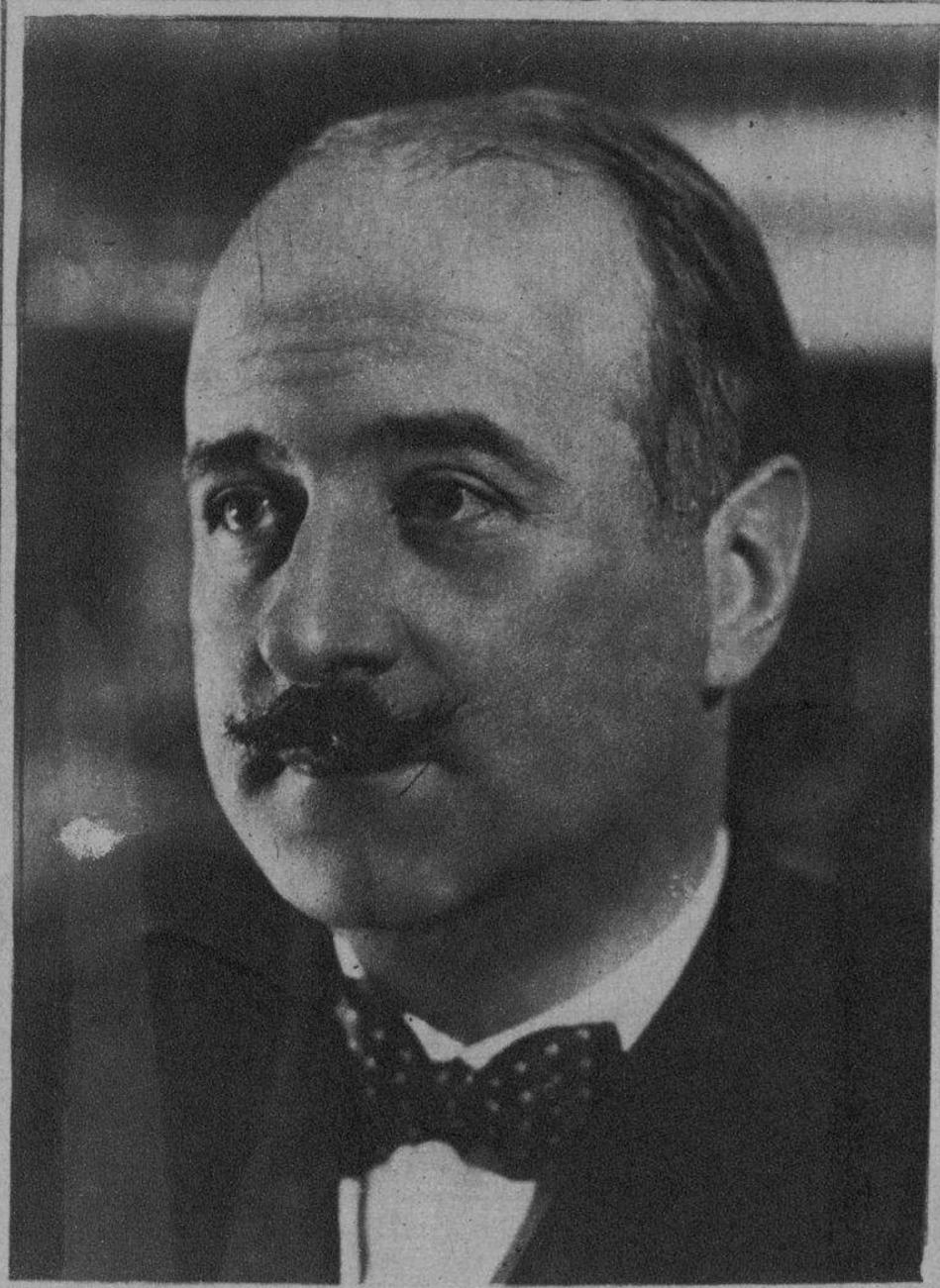
Sírvase enviarme *gratuito y franco de portes* la obra del Dr. FAIVRE, a la dirección siguiente:
L. C. 46

Nombre _____
Apellidos _____
Dirección _____
Población _____ Provincia _____

URODONAL

combate al artritismo
porque disuelve el ácido úrico

ACTUALIDAD EXTRANJERA



El señor François-Poncet, que desempeñaba interinamente el cargo de embajador de Francia en Berlín, y ha sido designado para el mismo, en propiedad.—(Fot. Consorcio)



Mlle. Simone Clement, elegida «Reina de las Reinas de París», para 1932. — (Fot. Consorcio)



Por primera vez después de la guerra, el mariscal Hindenburg viste de nuevo el antiguo uniforme imperial, para pasar revista a la guarnición de Berlín.—(Ft. Keystone)